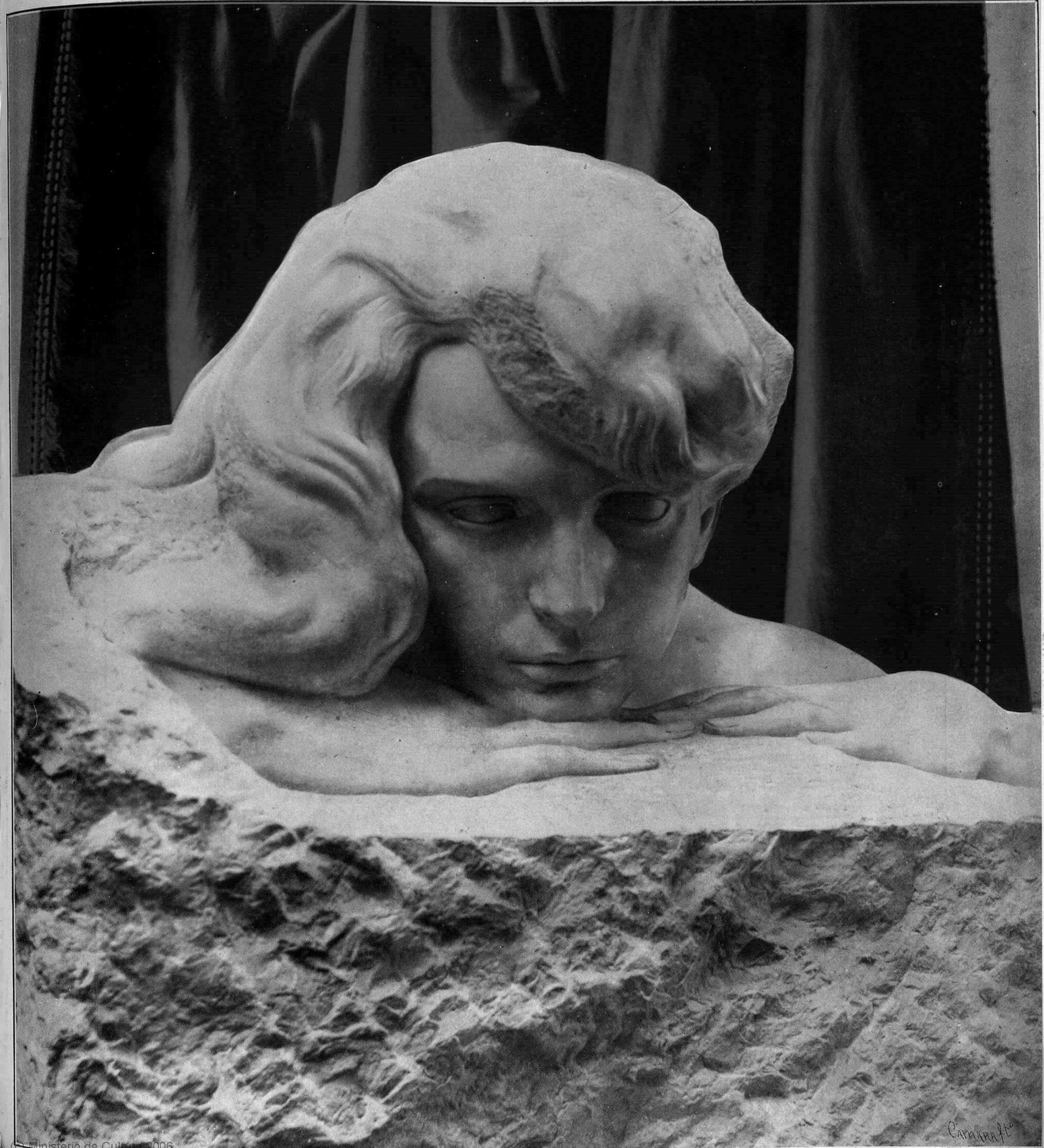


La Esfera

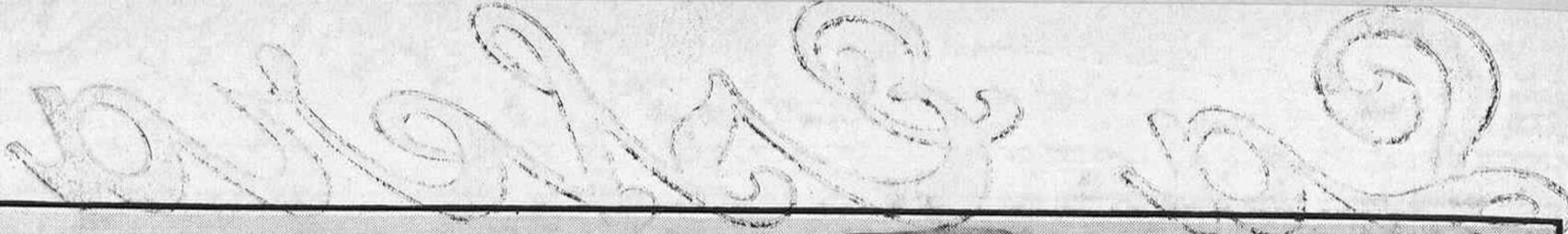
ATENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

Año II * Núm. 67

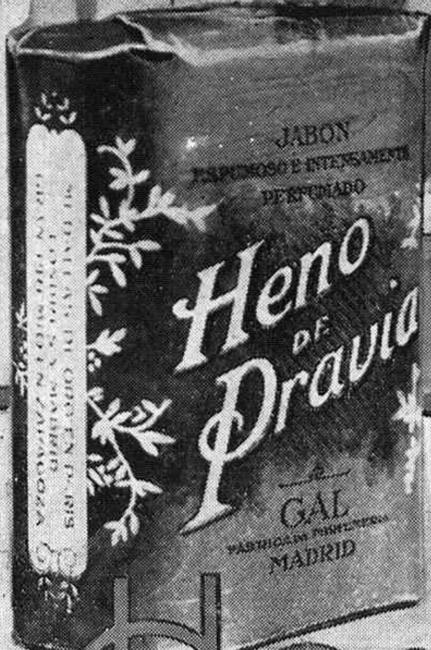
Precio: 50 cénts.



Carmona 11^o



Ehrmann



*Seré muy buena si
me lavas con Jabón*

de Heno de Pravia

La Esfera

Año II.—Núm. 67

10 de Abril de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



MOHAMED V
Emperador de Turquía

DEBIDO DE GANONAL



DE LA VIDA QUE PASA LOS HIJOS DEL BÁRBARO

La guerra ha planteado en Francia un doloroso problema moral, que los hombres de preclara mentalidad se devanan los sesos por resolver. ¿Qué destino debe darse á los vástagos de la barbarie militar, nacidos sin el calor de la pasión amorosa y sin el consentimiento previo de la mujer? Sabido es que en todas las épocas el invasor ha considerado á la mujer como una parte del botín, adjudicable á las armas victoriosas.

El ejército que viola las fronteras de un país procura vivir á sus expensas, saciando todas sus necesidades con menosprecio de todos los derechos y olvido de todos los deberes.

Ciertos impulsos no son privativos de un pueblo ó de una raza; son movimientos del egoísmo humano, que á ratos llegan á revestir las formas más groseras y odiosas. En todo tiempo el invasor se ha resistido á poner freno ó medida á sus apetitos.

Al comentar esas irrupciones de barbarie que acompañan comúnmente á la guerra, el historiador de su severidad á ningún pueblo, porque todos ellos han tenido sus horas de pecado y sus periodos de espiciación.

Al presente, los hombres de ciencia, los moralistas y los literatos franceses preguntan con angustia: ¿qué haremos con los hijos que ha engendrado la brutalidad alemana en nuestro suelo? ¿Qué destino daremos á esa aborrecible semilla? Arduo problema que sería peligroso á la solución que le imponga el odio.

Considerándolo así un pensador de elevado espíritu, Jean Finot, fundador de «La revue des revues», se ha encarado noblemente con la intelectualidad francesa exhortándola á que medite y resuelva el caso.

Centenares de mujeres han sido violadas por la soldadesca invasora y como la naturaleza, indiferente á nuestros casuismos sentimentales y morales, dispondrá, probablemente, que gran parte de aquellos atropellos sean fecundos, hay que adelantarse á pensar, antes de que el tiempo integre su obra en las entrañas de la mujer, qué va á hacer Francia con ese fortuito excedente de población que quiere adjudicarle la brutalidad del enemigo.

Desentenderse del problema, sería criminal; aplazarlo, peligroso. Hay que dar á la pobre mujer humillada una solución que la redima moralmente y disipe sus temores. Es menester, en primer lugar, que no queden dudas sobre su irresponsabilidad sentimental; que su repugnancia en



Una aldeana francesa despidiendo á su marido, al partir éste para el campo de batalla

el trance de la violación sea bien ostensible; en resumen, es preciso que se sepa que ha sido una víctima del frenesí de una lujuria anónima que se impuso á su voluntad fatalmente, como llega á nuestra carne una bala extraviada del campo de batalla.

La reconstrucción moral de los hogares no podrá operarse si no se ha restablecido en torno de la mujer violada la atmósfera de honestidad y de respeto en que vivía antes de su desgracia. Es indispensable que el hombre acalle sus celos, ya que no olvidando el ultraje inferido á su mujer, porque el recuerdo de ciertas ofensas es permanente, considerando la afrenta sufrida en su hogar, como un sacrificio á que le ha obligado el bien de la patria. Hay que suponer que la mayoría de esas mujeres que estrujó el invasor entre sus brazos convulsos, con la doble voluptuosidad del deseo y del peligro, hubiesen preferido mil veces arrostrar la muerte en las trincheras, á pasar por la ignominia que pasaron.

El aspecto más grave del problema planteado no es, pues, el saber qué se hará con los vástagos de la lascivia militar, sino en el modo de reconstruir los hogares que ese drama ha perturbado. Aquella parte del problema ha encontrado

testante Monnoa. «Hay que dejar que fallen el pleito las madres—dice el autor de las «Enfermedades de la personalidad»—. De todas las soluciones indicadas—añade—me parece la peor la que tiende á hacer de los hijos del azar militar, una categoría de parias.»

En cuanto al pastor Monnod, reprueba enérgicamente hasta la insinuación del infanticidio consumado de acuerdo con la ciencia. «El derecho al aborto—dice—jamás. Yo creo—añade con un espíritu cristiano insuperable—que debe educarse á esas criaturas en un ambiente de amor y de generosidad, cuidando que nada les recuerde su afrentoso origen. De esa manera puede hacerse de ellos excelentes ciudadanos franceses.»

¿A qué conclusión se llegará? Probablemente á que sean las madres las que decidan de la suerte de los hijos y en este caso no será el pensamiento el que resuelva, sino la sensibilidad.

El otro problema, el de la reedificación de los hogares perturbados por la lujuria militar, queda en secreto, sin duda para que lo resuelva la conciencia de los interesados. Ese gran dolor no podría hallar alivio en un debate al aire libre...

MANUEL BUENO

ya una solución en la que coinciden casi todas las personalidades consultadas por Jean Finot.

La suerte del hijo debe someterse á la voluntad de la madre. Si ésta, por invencible horror al ultraje sufrido, se resiste á que sobreviva el testimonio que la perpetúe, puede, con la colaboración médica, prestarse al aborto, sin contraer por eso la menor responsabilidad legal. Si por el contrario, sus sentimientos, sobreponiéndose á aquella repugnancia, la fuerzan á no estorbar la obra de la naturaleza, entonces puede optar entre estos dos caminos: ó educar á su hijo infundiéndole un alma francesa que borre todo rastro del atavismo paternal, ó abandonarlo á los cuidados de la Asistencia pública, suíónimo francés de la Inclusa.

La solución más piadosa entre las expuestas por los intelectuales franceses, es esa. Es la que prohijan los hermanos Margueritte, Enrique Joly el moralista, el abate Wetherlé, Paul Adam, Remy de Gourmont y otros hombres ilustres de los que educan al pueblo francés.

Entre todas las opiniones emitidas en «La revue de revues» descuellan dos que superan, por la elevación moral, á las demás: la de Ribot el filósofo y la del pastor pro-



Excma. señora marquesa de Casa-Torre, fundadora del primer Consultorio de niños de pecho, en España



Excmo. señor marqués de Casa-Torre, fundador del primer Consultorio de niños de pecho, en España

LA VIDA Y EL ALIMENTO

No hay ahora en Europa—aparte del de la guerra—problema de mayor interés para todos los países, que el de las subsistencias. El pajarraco de la penuria, bate sus alas sobre los pueblos y no es por lo mismo extraño que en el nuestro cunda la alarma, se multipliquen las prevenciones y no cesen los lamentos.

La escasez, enfermedad actualmente aguda en buena parte del mundo, ya la padecía España con caracteres crónicos; tanto la padecía, que ella ha moldeado el carácter nacional. Desde tiempos lejanos fué achaque nuestro el no dar al estómago todo lo que le corresponde. Más nos gustó siempre, lucir que comer; mayor deleite nos produjo, en todo instante, lo externo que lo interno y en cualquier ocasión pusimos mesa para el discurso, con más agrado que para el sustento. Así, cuando en honor de quien lo merece y de quien no lo merece, celebramos una comida, lo hacemos por los brindis, antes que por los manjares.

Suele envanecernos—vanidad incomprensible—el que nos llamen frugales; ahorrar la alimentación es ir deprimiendo la vida y en vez de vanagloria, porque muchos se mantengan con poco, hay que tener pena, viendo que no crece el número de quienes satisfacen al estómago todos sus derechos.

Educamos á las señoritas de modo que prefieran el perifoneo á la chuleta, y á los hombres de manera que intenten suplir con un vaso de mostagán, un trozo de solomillo. Gozamos el regodeo del ayuno, como en otros países el del yantar suculento. En más de una ocasión, por oír gorgoritos á cualquier cantante extranjero, que luego se lleva á su tierra las pesetas, se rebaja el presupuesto de casa y boca, y por ver cómo expone la piel cualquier lidiador de reses bravas, hay ciudadano que acorta la ración á sus hijos.

Entre los pudientes, ocurre á veces, que las necesidades superan á las rentas, y en el catálogo de aquellas, prevalecen las de la vanidad sobre las fisiológicas. Entre los pobres también suele escatimarse lo útil, para lo superfluo ó lo vicioso. Las apariencias imperan en la generalidad sobre los apetitos sanos, y lo perjudicial está más atendido que lo conveniente. Así, cuando llega una mala hora, como la de ahora, se agravan nuestras desdichas y ello sería bueno si la agudeza del padecimiento nos empujara con resolución á buscar los medios para remediarle. Periódicamente se publican cuadros de enfermedades y fallecidos y los que, por ejemplo, corresponden á Madrid han suscitado, suscitan y suscitarán, ardorosas polémicas acerca de cuáles son las causas que elevan el coeficiente de mortalidad en la capital de España, un coeficiente que debía preocupar hondamente no sólo á los sociólogos, sino á cuantos hablan al público en comicios, libros y periódicos.

Sin negar el influjo evidente y pernicioso de las malas viviendas y de otras deficiencias que conspiran contra la salud, creo que el mayor enemigo de cuantos están puestos siempre en acecho contra la vida de los madrileños y de la mayoría de los españoles, es la pobreza en la alimentación, sin contar los casos de alimentación malsana.

No sólo existe el hambre que produce dolores y trastornos; que engendra los desesperados. La hay también lentísima, callada, mansa, que arrebatada las existencias poco á poco; que por grados consume á los organismos, hasta vencerlos definitivamente, con peligro evidente para la colectividad nacional.

Morir de hambre, es suceso tan terrible como excepcional, cuando se trata de hambre aguda, de momento; pero la crónica es muy corriente. Por ella se generalizan los rostros pálidos de esos infinitos jóvenes que suelen durar poco; por ella se inicia la degeneración física, manifiesta en lo corto y enclenque del cuerpo. Ella, en fin, transciende á la psicología de todo el país y apaga la energía, mata los ideales, extingue los entusiasmos, extirpa la fe, ciega los

ojos del alma... y siembra escepticismos y aviva supersticiones.

La escasez del alimento, es—ateniéndonos exclusivamente á los males físicos—causa en buena parte del crecido número de defunciones registradas en la población de Madrid. Lo proclaman los números... Ya noto sin verlo en el lector un mohín de recelo. El articulista—piensa—va á entregarse á la lucida tarea de manejar estadísticas, como maneja sus trampas un prestidigitador.

Pues bien; tranquilícese el suspicaz si lo hubiere; aportaré cifras sobriamente y con sinceridad, pero sin propósito de que sirvan á mi deseo antes que al de lo justo y conveniente.

Verdad que los números al parecer rígidos, inflexibles, serios, suelen prestarse á bromas, algunas bastante pesadas. Las cifras pueden ir á donde les lleve, no su auténtica expresión, sino el capricho del que las maneja. Hay guarismos que, dóciles á la voluntad de cualquier diestro manipulador, representan más ó menos de lo que dice su figura, según lo que quiere decir quien los invoca. Pero en el caso presente no ocurrirá nada parecido, porque yo no pongo ni una partícula de amor propio en la proposición que defiendo, y será el lector el que la confirme ó la niegue, según su más sereno y elevado juicio.



La consulta en la Gota de Leche

Mueren muchos en Madrid y bastantes por insuficiencias de alimentación. En 1914, el año último, hubo 16.264 defunciones, y de ellas 6.975 correspondientes á niños desde menos de un año, hasta cinco cumplidos. De menos de un año perecieron 2.853. En su mayor parte faltos de teta se fueron á la gloria, ya que por la tierra aun no se cumplen como es debido las obras de misericordia. Las madres anémicas, las que tienen necesidad de ir al río á lavar ropa, de andar por las casas ganándose una peseta, no pueden cuidar bien á sus criaturas. Se intenta en vano suplir con alimentación nociva la que requiere los meses primeros de la vida. No se acude con tiempo á *La Gota de Leche* ó no hay bastantes instituciones de tal clase para todos los chicos que la necesitan, y claro, los infelices párvulos lloran incesantemente, y como carecen de la experiencia de los hombres, ignoran que el valor del llanto es muy teórico; lloran y á la vez se extenuan, y al fin se apagan, como una lucecilla azotada por las inclemencias del vendaval.

Muchos de los niños mueren de hambre; 2.740 de la edad de uno á cuatro años sucumbieron en 1914. Fueron los tiernos arbolillos que sin tener todavía sujeción á la tierra, faltos de riego y de substancia, doblaron el débil tronco rindiéndose al peso de su desventura.

Cuando veo por las calles y por los alrededores de Madrid tantos institutos benéficos, con espléndidos edificios, pienso: ¿no fuera mejor haber ahorrado lujo en las construcciones, gastos en las soberbias fábricas (puesto que dado su destino estaba en su punto la humildad) para con el dinero correspondiente multiplicar los criaderos de niños donde el médico gradua y facilita la dosis de leche que ha de tomar el in-

fante, salvando así su vida? Sin meterme á dar por mi cuenta contestación á la pregunta, sé tan sólo que hay muchos y magníficos institutos, alojados en verdaderos palacios, pero sé también que mueren muchos niños porque no se les alimenta como se les debiera mantener, como pide su organismo.

Al terrible y auténtico hecho de la mala alimentación, hay que achacar principalmente las víctimas de la tuberculosis. La pulmonar mató en el año último 1.589 personas: 114 más que en 1912; la tuberculosis meningéa 119, es decir, 40 más que hace dos años, y de otras tuberculosis hubo un aumento de 46 casos. Varios elementos proporcionan vida al bacilo de Koch que da muerte á tantos millares de pobladores del mundo, pero el de más interés, el supremo, es ese de que nunca nos doleremos bastante. Cuando el pan anda escaso y la carne por las nubes y hay cicaterías para el estómago, la sangre se enoja, el enojo la pone lívida, y su lividez, al cabo, se traduce en mortal destrucción de las entrañas.

En prueba de mi aserto, aduciré un dato que se refiere á la mujer. En las clasificaciones de la estadística, no se hacen fácilmente estudios referentes á la vitalidad del sexo femenino, con relación á las ocupaciones en que se emplean las personas, porque en España es todavía poco frecuente que las mujeres tengan profesión. No salen de su hogar, no se ganan el pan como los hombres. Pero hay en la estadística municipal, que por cierto compone y comenta con singular acierto el doctor don Luis Lasbennes, una casilla que dice: Religiosas. Veámosla. En 1912 murieron 53 santas mujeres dedicadas á la contemplación, al rezo, á las mortificaciones, al ayuno. De esas 53 sucumbieron por tuberculosis 15, es decir, más de la cuarta parte. Los conventos son, por lo común, espaciosos, están bien ventilados, en ellos penetra á su gusto el sol; la vida que en su interior se practica, es ejemplar, ordenadísima. En cambio, la alimentación es deficiente por expreso deseo de las personas que con ella buscan lo preciso para no morir, aunque en realidad suelen perecer por falta del preciso sustento. De las 53 religiosas, una sola murió de fiebre tifoidea, enfermedad infecciosa, de la categoría de las evitables, de las que originan frecuentemente la vivienda malsana y el agua impura; tres, sucumbieron de cáncer; seis, de hemorragia cerebral; siete, de enfermedades del corazón; nueve, del aparato respiratorio, y tres, de senectud. Si las religiosas tuvieran el necesario alimento, dada la vida que practican, la cifra de tres que figura en la casilla de senectud fuera de seguro 20.

Quedamos, pues, en que importa mucho, para bien de todos, que pensemos en mejorar la alimentación, y en que es tal problema uno de los más interesantes nacionales. Por creerlo así me he permitido entristecer el ánimo de quienes hayan pasado sus ojos por estas líneas, hablándoles de cosas fúnebres; tengo, no obstante, el convencimiento de que valen más estas cifras tristes que las palabras bonitas, pero huecas; los párrafos altisonantes, pero vacíos; las elucubraciones ardorosas, pero inútiles, con que suelen impetrar nuestra atención políticos ó escritores, que consumen su cerebro y gastan el tiempo mirando á las estrellas ó pensando en las abutardas, cuando hay en la tierra muchas desdichas que estirpar y muchos dolores que suprimir.

Cuando hombres de pró—ó que como tales se consideren—andan dándole vueltas en artículos, en libros ó en discursos, á la razón de muchas cosas que no la tienen, en vez de perderse en palabras estériles, en retóricas deplorablemente bellas, procuren proporcionar á sus conciudadanos el alimento suficiente, no el indispensable, porque en el comer bien está el principio de la grandeza de los pueblos.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ

BIBLIOTECA MADRID

TIPOS AFRICANOS



MENDIGO DE TÚNEZ

CÁMARA FOTO

FIGURAS DEL TEATRO ALEMÁN

GERARDO HAUPTMANN

EN la justa mitad del mes de Noviembre de 1862 nació Gerardo Hauptmann, en la Prusia Oriental, en una aldea de Silesia, llamada Obersalzbrun. La estirpe de sus antepasados y progenitores no podía ser más humilde, pues sus abuelos fueron tejedores y su padre hostelero. No falta quien á esta procedencia achaque el título y aun el argumento de *Los tejedores*, su más célebre drama. Lo cierto es que, no sólo en ese, sino que también en la mayoría de sus dramas, Hauptmann muestra, al lado de un gran talento literario y un hondo sentimiento de las bellezas cósmicas, de la poesía de la Naturaleza, su obsesión por los obreros y por la cuestión social.

Mal se aviene con los horrores de la guerra, y en tan tristes momentos la crítica acrecentadora del encomio y pregonera de alabanzas al hombre que ha sacado del Evangelio, exponiéndolas valientemente y con unción, las soluciones para los males presentes de la sociedad. Al escribir, por tanto, esta ligera reseña ó, más bien, artículo admirativo de tan gran genio de las letras germanas, sea únicamente con el fin de ofrecer en breves palabras un retrato mezquino del cantor inspiradísimo de reivindicaciones sociales, el de fantasía más nutrida de emociones y sugerencias estéticas, digno continuador de Goethe y de Wagner.

Del teatro de Hauptmann se han ocupado, entre otros, el francés Besson, el inglés Marshall en la *Fortnightly Review*, y el español Altamira, cuyas son varias conferencias de Extensión Universitaria, dadas en Oviedo, en los cursos de 1901 á 1902 y de 1902 á 1903, conferencias que el autor incluyó en resumen en 1905 en la colección de estudios y semblanzas que intituló *Psicología y literatura*.

De niño y de adolescente fué Hauptmann uno de los más negados y volubles escolares que es posible concebir; sus compañeros de colegio han contado en los periódicos sus ocios y travesuras en la época en que estudiaba Arte, Filosofía, Medicina, Historia Natural, sin concentrar su vocación en ninguna de estas disciplinas y sin sobresalir una pulgada en el conjunto de la masa anónima. Confiaba demasiado, sin embargo, en el poder de su asombroso ingenio para por ello desanimarse, y el tiempo robado á los libros lo invirtió en conocer la vida y los hombres.

Las ciudades españolas por donde paseó Hauptmann su alma exaltada y su imaginación divina, Barcelona, Málaga y otras, dejaron en ambas sedimentos de mágicas leyendas, y tal vez no fueron extrañas á sus gestos las irradiaciones de nuestro teatro clásico, que no ha perdido, para ningún extranjero comprensivo, su inmarchita juventud.

Cuando Hauptmann publicó sus primeras poesías, la crítica las recibió mal. El poeta calló, y durante siete años nadie vió su nombre en una revista, ni aun en un catálogo. Pero cuando en 1889 se presentó ante el público del *Teatro libre* de Berlín, con su pieza *Antes de la salida del sol*, pieza notablemente peregrina en que toda la acción se desarrolla en las primeras horas de la madrugada, las puertas que se habían cerrado implacablemente para el lírico, se abrieron de par en par para el dramaturgo. Desde entonces, y en una serie de dramas (*La fiesta de la paz*, *Almas solitarias*, *El colegio Crampton*, *Florian Geyer*, *La Asunción de Juanita Mattern*, *La campana sumergida*, etc.) muy simbólicos y directamente encadenados, cantó, en lenguaje no oído hasta entonces en Alemania,

las bellezas del mundo físico,
los horrores del mundo moral,

y sus versos armoniosos volaron por todo el país, como enjambre de ideas fulgurantes, que iban á punzar las almas dormidas y á llenar de imperecedero susurro las conciencias.

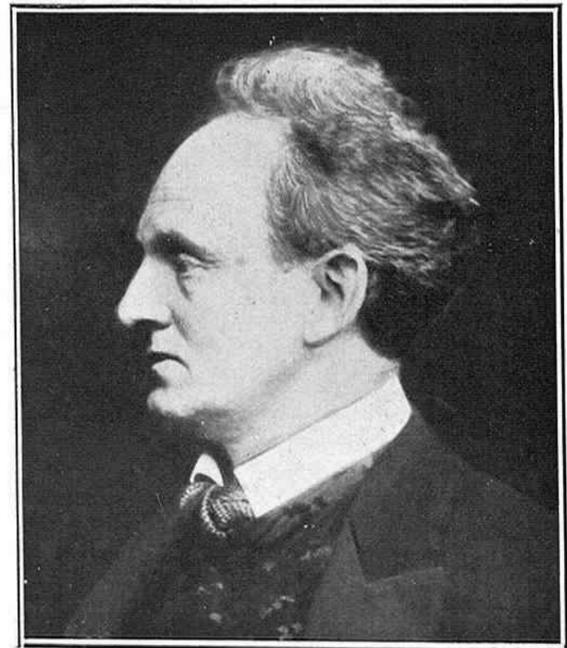
No dejó de extrañar á sus críticos que los dramas posteriores, especialmente *El carretero Henschel* y *Miguel Kramer*, representen una reacción contra el simbolismo, una tendencia naturalista, que se acentúa más en *Schluck und Jan*, *Der Bibelpelz*, *Der rote Hahn* y *Der jung Henrich*. Pero, pensándolo bien y, sobre todo, considerando que en Hauptmann han influido

mentores de tan diversa índole como Shakespeare, Zola, Ibsen y Tolstoy, se comprende menos la tal extrañeza.

Pero no es necesario afanarse mucho tiempo para encontrar el rastro de su tendencia; es la tendencia (en línea sesgada) del naturalismo, que así lleva al problema sexual y á la herencia psicológica como á los casos patológicos y á los tipos anormales; y que, por lo mismo que sigue una regularidad indeclinable en el terreno de las relaciones amorosas, conyugales ó de sociedad, conduce fatalmente á un exagerado respeto á la realidad y á las mayores crudezas de expresión, cuando se la transporta á la esfera real y palpitable de los sentimientos y los actos humanos que se desarrollan en la complejidad de la vida colectiva. De aquí la mezcla de lo trágico y lo cómico, de situaciones serias y sucesos baladíes; de aquí la intercalación de episodios que al público superficial parecen absolutamente extraños al argumento; de aquí la exactitud gráfica del léxico, y modismos que en boca de sus personajes pone, según la clase á que pertenecen. El método, á la verdad, no es el mejor para los directores de escena, que no comprenden sus minuciosas y á veces impracticables acotaciones respecto al decorado, ni tampoco para los espectadores que no se explican los largos silencios de sus diálogos, no obstante lo *naturales* que son en la realidad de la vida. Hauptmann se acerca cuanto puede á la naturaleza, substituye á los golpes de escena el estudio interior y lleva á las tablas el elemento generador de las novelas íntimas de este siglo. Sus personajes dicen lo que los hombres acostumbran á ocultar, calculan cada uno de los progresos de sus pasiones, conocen las impresiones que experimentan y las que excitan. Pero el dramaturgo alemán no abusa de este sentido lírico, como tampoco del sentido social, de sus dramas. A pesar del pietismo que en todos resplandece, y de lo mucho que le interesan la cuestión obrera y la cuestión religiosa, nunca echa mano de recursos de mala ley, como el de la situación en nuestras sociedades de los hijos ilegítimos, de los «jóvenes pobres» y de los incrédulos conscientes: Estos recursos del romanticismo francés son totalmente extraños á su teatro.

Sólo en el sentido del procedimiento, nunca en el sentido del ideal, puede incluirse á Hauptmann entre los representantes del naturalismo. En esta época en que se marchitan las ilusiones, en que parece debilidad el abandonarse á los impulsos del corazón, en que la novela se nutre con los extravíos de los sentidos, produce hermoso efecto ver á Hauptmann espiritualizar á la mujer sin pervertirla, antes ensalzándola, en el concepto más corriente y á la vez más exacto, como un elemento de paz y de felicidad. Idealista realista es Hauptmann en el himno de insuperable hermosura dirigido al sol en el primero de sus dramas; idealista simbólico en aquellos en que pone al servicio de verdades sociales y religiosas lo maravilloso y lo fantástico (*Traumgedicht*); idealista transcendental en *Los tejedores* y en *La Asunción de Juanita Mattern*, sobre todo en aquella hermosa escena entre Jesús y un obrero, transpiradora de lo sublime evangélico más elevado. Porque Hauptmann, aunque no es precisamente un ortodoxo, está unido al cristianismo por los vínculos de una admiración altísima y la adhesión racional y entusiasta á los fundamentos de una doctrina que tiene por la más verdadera y excelsa concepción del espíritu del hombre.

Se ha observado con exactitud que la poesía alemana, con raras excepciones, no se distingue por la inventiva. Pocos han sido los literatos en Alemania que hayan escrito sobre conceptos originales, y cuanto más grandes, más se nota la deficiencia. Goethe escribió su *Faust* sobre una relación conocida ya en el siglo xiii y llevada al teatro inglés por Marlowe, en 1591, y su *Werther* lo escribió sobre hechos íntimamente relacionados con su vida. Desde este punto de vista, el poeta que más se acerca al águila de Weimar es Wagner, pues de leyendas vulgares y episodios tradicionales ha hecho poemas de primer orden. Hauptmann, siguiendo á tan insignes maestros, ha extraído también, en muchos dramas suyos, el simbolismo de las su-



GERARDO HAUPTMANN

persticiones populares y de las creencias pasadas, el alma de su raza tan poética é inteligente.

En la mente del gran autor cada uno de sus dramas viene á ser una escena de la múltiple é inmensa comedia social, que se ha propuesto abarcar, si no en su integridad, en las líneas generales que cierran su periferia. En ellos se percibe distintamente, al lado de la vulgaridad media de la sociedad alemana, los sentimientos superiores que hacen vibrar las fibras más delicadas del corazón humano y mejor pueden despertar la emoción dramática del espectador. Hauptmann ha llegado á un punto que ningún otro escritor alemán ha alcanzado, al poetizar los mayores horrores; ha sabido escoger las crueldades humanas que más excitan la indignación de las gentes; pero no ha caído jamás en las groserías é irreverencias de la musa germánica, algo rústica aún con su traje de domingo.

Ha dicho hace tiempo (1870) Amiel y ha repetido muy recientemente (1914) Azorín, que la noción de lo chocante no existe en la estética de los alemanes; que éstos no conocen la gracia, ni comprenden la enorme distancia que hay entre la distinción (*gentlemanly, ladylike*) y la tosca *Vornehmlichkeit*; que á semejante estética le faltan el encanto, la dignidad, la gentileza, la delicadeza, las maneras, el ingenio, el brio, el gusto. Todo ello es cierto, pero inaplicable á Hauptmann. En la poesía lírica es Hauptmann el más elegante de los poetas alemanes posteriores á Heine. La influencia de este último se deja sentir, y el lenguaje de Hauptmann es más culto y más escogido que el de sus compatriotas, siempre toscos y poco educados, cuando son naturales y sinceros, ó amanerados, cuando pretenden ser elegantes.

Algunas palabras, por lo que toca al más realista de sus dramas, el intitulado *Los tejedores*, escrito en 1892 y estrenado en 1893. No es un drama socialista ó anarquista, como se ha supuesto, ni tampoco un drama de tesis, dentro del alcance que suele asignarse á esos vocablos. Si por algo se distingue (fuera de los arrebatos que la conmiseración del autor por los débiles y los oprimidos le sugiere) es por la entonación sencilla y apacible, la objetividad absoluta en la expresión y en los episodios y la pesimista frialdad del desenlace. Es el drama de la miseria, la descripción del «tífus del hambre» oficialmente revelado al Gobierno de Prusia por el célebre antropólogo Virchow, comentado de muy antiguo (1844) por el economista Zimmermann, lamentado antes aún por Heine en su *Canción de los tejedores*, y visto directamente, á mediados del siglo xix, por el propio Hauptmann en su región natal. Considerado de este modo, más que un drama revolucionario, es un ensayo de verismo que excede los límites del teatro moderno, y tal parece demostrarlo la falta de argumento á la manera clásica. Mas precisamente su análisis minucioso de un argumento colectivo, sin protagonistas, con personajes descritos en pocos rasgos, tiene un valor extraordinario, y nos explica el modo de operar de Hauptmann, que es el de todos los artistas que llamamos creadores.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

MADEIRA

NUESTRAS VISITAS

RATNER, EL MULTIMILLONARIO

Al entrar en la redacción aquella tarde, me dijo el portero:

—Aquí ha estado un señor esperando á usted.

—¿Mucho rato?—pregunté por responder algo.

—Una media hora.

—¿No dejó tarjeta?

—No, señor; ni dijo su nombre.

¡Bah! —pensé medio en alto—, ya volverá quien sea.

Pero una voz me detuvo:

—¿Señor Audaz?

Me encontré ante un caballero que jamás había visto y que me parecía algo extraordinario.

—Servidor de usted—repuse, haciendo una reverencia á mi desconocido, el cual me ofreció su mano con una llaneza singular.

Era un potentado seguramente. En uno de sus dedos llevaba un enorme y magnífico brillante del tamaño de un «escudo» cogido con cuatro garras de platino; lucía alguna sortija más y sobre la corbata otro gran brillante.

Su rostro y su aspecto me inquietaron interesándome al momento. Repito que no era un hombre vulgar. Más bien alto que bajo. Delgado. Su faz morena, larga, enjuta, rugosa y pulcramente afeitada, tenía una expresión de indiferencia mundanallena de atracción y simpatía. Sus ojos negros ojos vivos de psicólogo, miraban con ese detenimiento con que se bucea en la obscuridad.

Su indumentaria no estaba en armonía con los brillantes; era sencilla y hasta descuidada: un trajecito á cuadros, una corbata de *muelle* y unas botas negras de cordones muy deslustradas y casi abiertas. Aquel hombre tenía aspecto de detective norteamericano.

—Le esperaba á usted—me dijo con acento extranjero al mismo tiempo que estrechaba mi mano.

—¡Ah!—exclamé—. ¿Acaso es usted un señor que vino antes, según me han dicho?

—El mismo. Llegué en su busca y en vista de que tardaba usted me he sentado tranquilamente en mi automóvil á esperarle. Tenía un gran deseo de conocer á usted.

—Veamos. ¿En qué puedo serle útil?—me ofrecí.

—¡Ah!, á mí en nada—rechazó con absoluta indiferencia.

—¿Luego entonces?...—inquirí yo ya interesado.

—Luego entonces, que he venido á conocerle por la única satisfacción de tener el placer de estrechar su mano.

—Muchas gracias, señor —exclamé algo confuso por las originales formas de mi interlocutor.

El, sin darle importancia á la cortesía, prosiguió con frialdad:

—Yo soy Abraham Ratner. ¿No ha oído usted nunca mi nombre?

—¿Ratner, Ratner?... —repuse yo recordando.—Sí, señor, he oído este nombre y no recuerdo...

—Medite usted un poco más—me invitó.

—¡Ah, ya! ¿Es usted ese feliz mortal multimillonario ruso del cual hablan estos días los periódicos?

—El mismo, para servir á usted—afirmó él.

—Mucho gusto... Pero pasemos á mi despacho.

—Me parece muy bien.

Aquel caballero fantástico me siguió hasta mi compartimiento. Después dejó su flexible y su gabán sobre una silla, sacó su gran petaca y me ofreció un «águila imperial».

—Yo —comenzó diciendo con lentitud— soy lector de usted; un lector asiduo y entusiasta.

—Gracias, señor—le interrumpí.

—No hacen falta. Pero á usted le parecerá extraordinario lo que voy á decirle.

—Veamos.

—Ahora, hace poco tiempo, he estado á punto de hacer un viaje desde Barcelona con el solo objeto de conocer á usted personalmente; fué cuando publicó usted la interviú del señor general Huertas.

Al oír este nombre me previne. No estaba yo muy seguro de haber dejado complacidos á los partidarios ni á los detractores del ex presidente de la República Mejicana.

—¿Le pareció á usted bien?—le pregunté con indiferencia.

—Sí, señor; magnífica.

Hizo una pausa. Comprendí que se trataba de un enemigo del general. Continuó:

—Yo soy uno de los más grandes amigos del señor general Huertas y en aquella interviú le es-

tuve oyendo hablar. Ahora bien; usted no pudo sustraerse á cierto ambiente desfavorable que en España rodea al ex presidente de Méjico... Este ambiente—yo que no soy mejicano, pero que he vivido allí quince años—tengo el deber de decirle á usted que es injusto... ¡muy injusto!

—Veo, señor Ratner, que á usted no le hizo gracia la información del general.

—Le doy á usted mi palabra de honor que sí; me encantó. Es más: recuerdo que el mismo día que se publicó tuvo ocasión de ver al señor Huertas en un café de Barcelona y le dije estas ó parecidas palabras: «Así es usted, mi general; ni el pintor más notable hubiese hecho un retrato más perfecto de su persona: en esta interviú está todo lo malo de usted, falta algo de lo bueno». Y así era en efecto. El general Huertas era aquel, pero estudiado sin el detenimiento necesario. Bajo una impresión de momento.

—¿Pues qué juicio le merece á usted el general?

—Para mí, además de todo eso que decía usted de él, que tengo que confesar que es cierto, me parece un hombre admirable, un gran patriota mejicano, un hombre desinteresado y de una capacidad mental superhumana. ¡Así, superhumana!

—Y un dictador cruel—agregué yo.

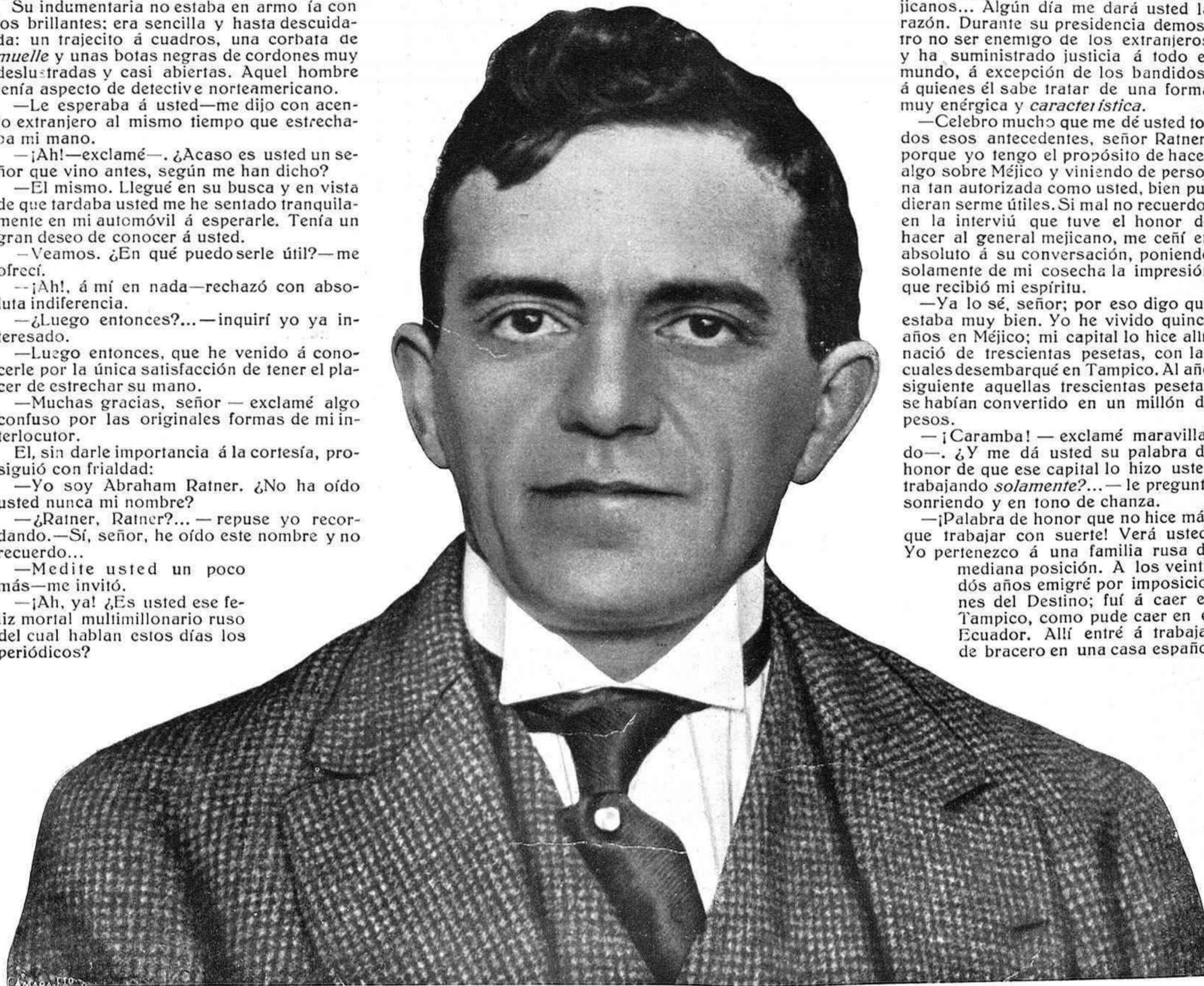
—Cruel, no, justo... Un dictador á la medida de Méjico, como lo necesitan los mejicanos... Algún día me dará usted la razón. Durante su presidencia demostró no ser enemigo de los extranjeros y ha suministrado justicia á todo el mundo, á excepción de los bandidos, á quienes él sabe tratar de una forma muy enérgica y *característica*.

—Celebro mucho que me dé usted todos esos antecedentes, señor Ratner, porque yo tengo el propósito de hacer algo sobre Méjico y viniendo de persona tan autorizada como usted, bien pudieran serme útiles. Si mal no recuerdo, en la interviú que tuve el honor de hacer al general mejicano, me ceñí en absoluto á su conversación, poniendo solamente de mi cosecha la impresión que recibí mi espíritu.

—Ya lo sé, señor; por eso digo que estaba muy bien. Yo he vivido quince años en Méjico; mi capital lo hice allí, nació de trescientas pesetas, con las cuales desembarqué en Tampico. Al año siguiente aquellas trescientas pesetas se habían convertido en un millón de pesos.

—¡Caramba! —exclamé maravillado—. ¿Y me dá usted su palabra de honor de que ese capital lo hizo usted trabajando *solamente*?... —le pregunté sonriendo y en tono de chanza.

—¡Palabra de honor que no hice más que trabajar con suerte! Verá usted. Yo pertenezco á una familia rusa de mediana posición. A los veintidós años emigré por imposiciones del Destino; fué á caer en Tampico, como pude caer en el Ecuador. Allí entré á trabajar de bracero en una casa españo-



la cuya razón social era «José Ignacio Isusi»; me daban un peso diario. A los cuatro meses ya había conseguido llegar al puesto más alto de la casa: era apoderado general. Al poco tiempo, por una pequeña cantidad—trescientas pesetas— adquirí una negociación mezquina: una agencia de periódicos, y con una idea que yo tuve, que era el despacho de paquetes por correo, á los pocos meses el capital de la negociación se había elevado á un millón de pesos oro. Después me dediqué á negocios bancarios y fué creciendo mi capital como la espuma.

—¿Cuánto tiene usted en la actualidad?

—Unos quinientos millones de pesetas, en efectivo, además de los intereses que he dejado en Méjico, y los cuales han sido atropellados por Villa y Carranza.

—Y dígame usted, señor Ratner, ¿por qué abandonó usted Méjico?

—Porque me temía lo que está sucediendo, y como yo era íntimo amigo de Huertas no quise exponerme á ser blanco de los bandidos actuales. Yo, señor, salí de Méjico antes que el señor general, un poco antes.

—¿Pero usted tendrá noticias dignas de la situación mejicana?

—¡Oh! ¡Ya lo creo, mi amigo!... Figúrese usted. En Méjico actualmente existe una anarquía... Allí, no se respeta ni la propiedad, ni el derecho, ni la justicia. Los extranjeros son atropellados inicidamente, y privados de sus bienes y—lo que es más triste para ustedes— los españoles son los que menos garantía y menos seguridades tienen; es decir, los perseguidos con más saña... ¡Pobres españoles! Claro que de esto tiene la culpa el Gobierno vuestro, que no se preocupa de defenderlos. Créame usted, señor; Méjico necesita lo antes posible, para que no se desmorone por completo, un dictador, un hombre de hierro, un político con entereza que aplique la ley y la justicia sin contemplaciones de ningún género.

—Y ¿cree usted que ese hombre es su amigo el general Huertas?—le pregunté intencionadamente.

Ratner es un hombre mundano, un hombre hábil, y, rápidamente, con una sonrisa irónica, desechó mi maliciosa interrogación.

—No, amigo Audaz, no quiero decir lo que usted cree. El señor general Huertas no volverá á Méjico; porque ningún dictador que dejó su puesto volvió á ocuparlo. Será otro...

—¿Quién?...

—No sé. Es un incógnito por el momento; pero Dios quiera que sea pronto, pues un país donde no hay garantía para las vidas, para los bienes, ni para las mujeres, ni para los niños, es un país perdido que si sigue así corre el peligro de ser conquistado por ese vecino, fuerte y ambicioso, que se llama Wilson.

—¿Qué le parece á usted Villa?

—Un patibulario.

—¿Y Carranza?

—Un farsante capaz de todo lo malo: esto se lo juro á usted con la mano sobre el corazón.

Y al decir esto el señor Ratner se dió solemnemente con la palma de la diestra sobre el pecho. Después continuó:

—Ya ve usted; si esos bandidos algún día llegaran á ser fuertes á mí me ahorcarían sin remedio, por esto que estoy diciendo. Yo lo sé; pero no puedo por menos que decirlo, porque es la ¡santa verdad!

Hubo un silencio. El humo de los tabacos iba tejiendo un tul azulino en la habitación. Confieso que á mí me agradaba oír hablar al multimillonario. A él, por su parte, observé que le complacía sobre manera la fraternidad de nuestro diálogo.

—¿Piensa usted, Sr. Ratner, instalarse definitivamente en España?—le pregunté.



Abraham Ratner en nuestra Redacción
FOTS. CORTÉS

—Con el tiempo sí. Ahora, por lo pronto, salgo para Andalucía esta misma noche. Quiero conocer esos bellos ojos de las mujeres españolas. Después embarcaré con rumbo á los Estados Unidos, y más tarde tornaré á Barcelona, donde pienso establecerme.

Consultó el reloj. Se puso de pie.

—Antes de abandonarle—me dijo lentamente—se servirá usted aceptar un pequeño recuerdo mío. ¡Quién sabe si no volveremos á vernos más y yo quiero que usted conserve una agradable impresión de mi visita.

Y al mismo tiempo que decía esto, sacóse del dedo la gran sortija del brillante y me la ofreció, diciéndome cariñosamente:

—Tenga usted.

—Gracias, Sr. Ratner—rehusé yo terminantemente—. No hay motivo para este regalo.

—¡Oh!, sí hay motivo. La molestia que le he causado con mi visita y con todo lo que le he dicho, que maldito lo que le importa.

—Sí me importa—protesté—. ¡Ya lo creo! Tanto que tal vez haga de su charla una información, que puede resultar muy interesante.

—Lo que usted quiera. Me es indiferente. Pero ¿desde luego no quiere usted aceptar este pequeño recuerdo de un lector suyo?...

Continuaba con la sortija en la mano.

—Ese, no... Otro de menos importancia, sí.

—Le advierto á usted, amigo mío, que para mí, esto no tiene importancia ninguna.

Fijándome en un pequeño lápiz de plata que asomaba por el bolsillo de su chaleco, proseguí:

—Acepto como recuerdo de su visita ese lápiz. Me será muy útil para mis notas.

El multimillonario volvió otra vez la sortija á su dedo y entregándome el lápiz, murmuró:

—Sea, mi amigo... Quien se engaña es usted.

Guardé el lápiz y dí una larga chupada al cigarro. Ratner advirtió mi deleite de fumador.

—¿Le gusta á usted este tabaco?—me preguntó.

—Sí, muy agradable—afirmé, aspirando su aroma.

Entonces el simpático millonario, como tocado por un resorte, fué á mi mesa y revolviendo entre mis papeles, me dijo:

—¿Tiene usted un esqueleto para poner un telegrama?...

—No; pero es lo mismo; póngalo en una cuartilla—le dije, ofreciéndole un bloc.

Entonces el Sr. Ratner escribió con ligereza:

«Casas Domenech, Cristina, 12.—Barcelona.»

Envíe inmediatamente mil cigarros puros de los que yo fumo á «El Caballero Audaz», LA ESFERA. Salgo esta noche para Andalucía.—Abraham Z. Ratner.»

Te confieso, lector, que ante esta inesperada esplendidez me quedé un poco perplejo. Pero enseguida reaccioné. En realidad, para aquel hombre fantástico mil puros habanos suponían lo que para mí un cigarrillo de papel.

—¡Qué hombre tan especial es usted, Sr. Ratner!...—comenté mirándole de hito en hito.—Indiscutiblemente, es usted un hombre raro...

—Perfectamente; acepto esa clasificación... Y tal vez no esté usted equivocado... Si hubiese muchos hombres como yo en el mundo, no habría bastante oro para nosotros. ¡No olvide usted que con trescientos francos he hecho mi capital y no era tan alto como usted!...

EL CABALLERO AUDAZ

ATENEOR
BIBLIOTECA
MADRID

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



CÁMARA

LA MADRE

Cuadro de Joaquín Sorolla



DEL VIEJO MADRID

FOT. SALAZAR

LA FUENTE DE APOLO

BIEN puede decirse que es nuestra Villa y Corte, de cuantas poblaciones hay en España, la más amiga y protectora de taberneros y boticarios, si se mira á la profusión y grandeza de sus fuentes.

Ello va en compensación de la mezquindad de nuestro río, que no parece sino el mendigo de todos los demás.

Estaba ese Prado Viejo, habrá cosa de un siglo, que más alcázares tenía del agua que de próceres; aún quedan algunos de aquellos que son un grato recuerdo de los viejos tiempos del señor Rey Carlos, llegado de Nápoles, que fué casi bueno para la nación y una lamentable calamidad en la vida privada.

Los planos viejos de Madrid, anteriores al siglo XVIII, señalan más de catorce fuentes desde el Prado de Atocha al de Recoletos, y diz que todas eran envidia y desasosiego del agua serrana, por la extrema frescura y grato sabor.

Ninguna de las que han llegado á nosotros tiene para mí la simpatía y devoción como esa de Apolo, que más conoce el vulgo por la de las *Cuatro estaciones*, y que yo, siendo chico, imaginábame que era levantada en conmemoración á las cuatro Compañías de Ferrocarriles, Norte, Mediodía, Delicias y Goya.

Enredor della hemos pasado la flor de la vida unas cuantas generaciones y el calor del sol que templaba las claras linfas que cristalizábanse en sus tazas fué muy aficionado nuestro.

No era por entonces el lugar donde se asentaba, ridícula ornamentación de jardinería casera, sino amplia explanada donde en las apacibles tardes del Otoño y en los pesados crepúsculos del Estío, jugaba y alborotaba la chiquillería ma-

tritense sin cuidado de estropear la simétrica y pobre vegetación, con que plugo adornarla y desmerecerla al Excelentísimo Ayuntamiento.

De los viejos y linajudos caserones que tenía por vecinos y del cortesano templo de San Fermín donde damas y galanes buscaban el martelo con el pretexto hipócrita de la devoción, parece haber recibido esta donosa fábrica la pátina ancestral, que al caer el agua de los caños á las monumentales conchas, antójase que suena unas veces á ritmos de madrigales, algunas á salmodias y otras á ecos de por vidas y maldiciones y á chocar de espadas.

Aún al finar la tarde, mi antañona imaginación cree que es tal lugar magnífico escenario para que tenga vida alguno de los famosos cartones de Goya, y puesto en la esquina del palacio de Vistahermosa, en la parte de la calle del Sordo, miro cómo acude alguna usía á la querencia de cierto manolo, que bajo la humilde apariencia de su capa y su montera, esconde la persona de algún famoso lidiador de reses bravas ó de algún cierto matarife que á tanto llega por su bravura como á manchar los rancios cuarteles de algún escudo español.

Veo luego un soldado que se les acerca.

Antes de que llegue da á correr la dama, y entrándose en una litera que aguárdale, cerca del casón de los Balbases, desaparece hacia el Prado de Recoletos.

Hablan el galán y el militarico, y veo que aquel despójase de la capa que le encubría hasta los ojos, y colocándose el diestro brazo, echa calle del Sordo arriba.

Apenas cruza ante mí, torna á embozarse y aprieta el paso para tomar la cuesta con bríos...

Es que las ordenanzas municipales no permiten entrar y permanecer con capa en el Prado.

Voy á cruzar y tengo que detenerme, á pesar mío, por que ante mí pasa un carromato que quiere ser coche y más semeja un palacio con ruedas.

La dama que va dentro da voces al cochero para que vuelva, porque ha dejádose el señor olvidada la tabaquera en el estrado de los duques de Medinaceli, donde pasaron la tarde, pero el cochero dice que no puede volver hasta la puerta de Recoletos, pues así está prevenido para no dificultar el paso de los demás coches; para hacer cumplir este mandato hay repartidas hasta dos docenas y media de guardas de la lancilla...

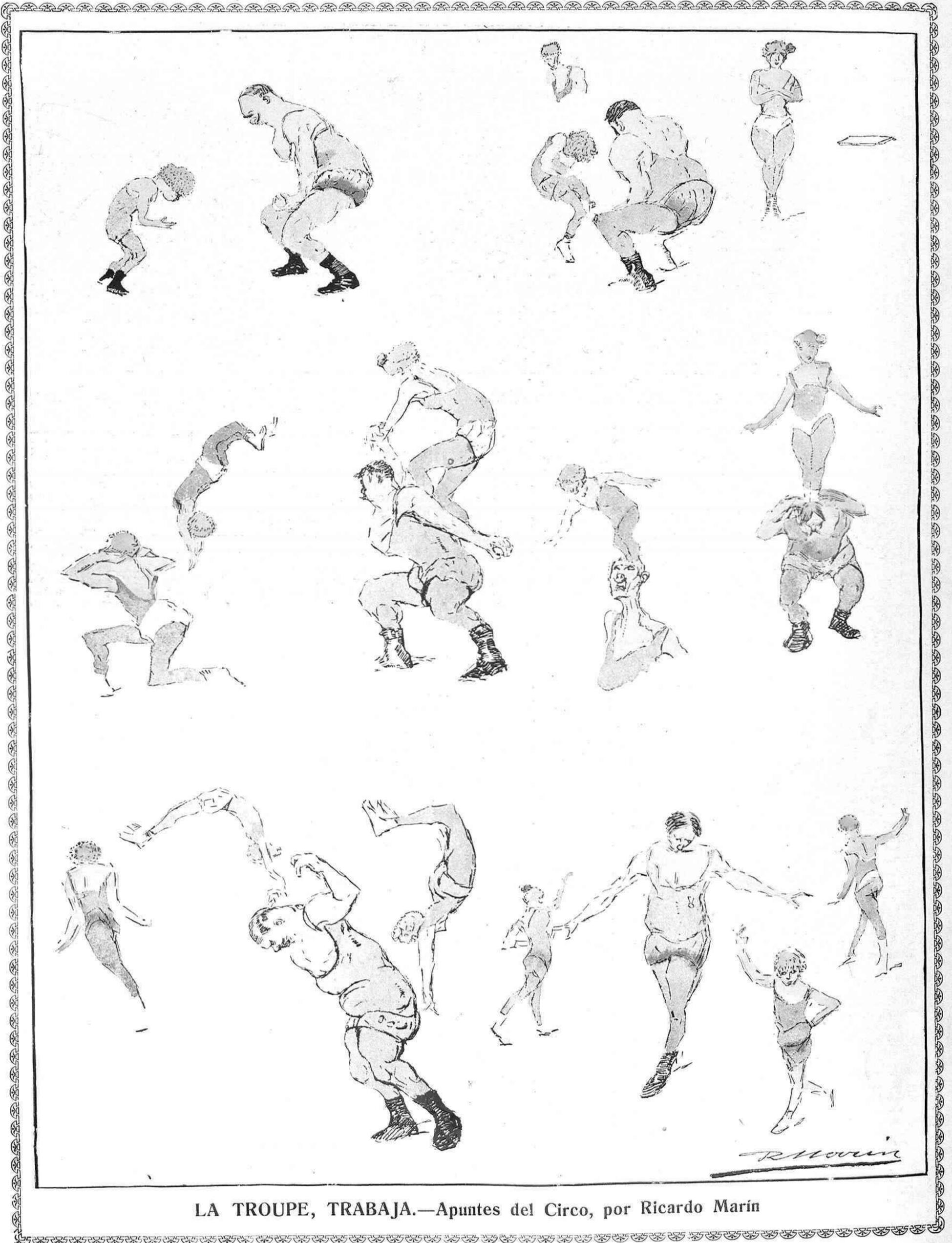
Pero he aquí que las gratas evocaciones vienen al suelo, mediante el desacorde trompeteo de un automóvil y me es preciso tornar á la vida de ahora si no me place morir aplastado por la civilización...

¡Oh, fuente de aquellas cuatro estaciones que yo pensaba cuando muchacho que eran recordadas en tí, bienhayas de toda las generaciones, y quiera el grande Señor del Ingenio que tienes en tu cumbre, que no prospere la absurda y bestial concejalada de quitarte del sitio donde asientas, desde los años de 1780, merced á la traza de D. Ventura Rodríguez y D. Manuel Alvarez, para poner en tu puesto la veneranda efigie del Patriarca de las Hispanas Letras, D. Miguel de Cervantes Saavedra, que ni aquel lugar es digno de él ni tú puedes apartarte un paso más de tus hermanos Neptuno y Cibeles!

¡Así sea!

DIEGO SAN JOSÉ





LA TROUPE, TRABAJA.—Apuntes del Circo, por Ricardo Marín

LA GUERRA Y LOS ARTISTAS



LA OBRA DE LOS FALSOS DIOS DE PIEDRA Y DE ORO
 Jesucristo.—Venid á mí los pobres y abandonados. Hace mil novecientos quince años que enseño á amar á los hombres y todavía no han sabido comprenderme
 Dibujo de Brunet

TANTO como las sátiras actualistas, los caricaturescos comentarios á las figuras y episodios del momento, inspirados, naturalmente, en una determinada simpatía por unos ú otros de los combatientes, interesan las otras composiciones satíricas de más amplio propósito.

No se limita en ellas el artista á los sucesos contemporáneos. No ataca ni defiende á aquellos pueblos que considera más cerca de su sensibilidad ó más fraternales de sus ideas. Es muy otro el propósito de sus ataques. Retan al tiempo y dan como deslumbradoras visiones de futuro.

Obra de profeta parece entonces la del artista. Sus dibujos hablan como las antiguas teogonías, en símbolos, y antes que nuestro cerebro de ciudadanos de tal ó cual nación, busca: nuestro corazón de hombres.

A este género de obras pertenecen las dos que reproducimos. Ambas son de dos dibujantes españoles. Uno de ellos acaba de hundirse en el eterno silencio; el otro es de los más asiduos colaboradores de LA ESFERA y ambos nacidos en Cataluña, que siempre ha sido y será cuna de esclarecidos artistas enamorados de la belleza y de la libertad.

El dibujo de Brunet sintetiza por vigorosa y recia manera cómo las guerras no son producto de los hombres sino de los dioses falsos que ellos mismos se han creado.

Enormes y monstruosos, los tres ídolos, se alzan sobre la humanidad. Tienen ese carácter guerrero y macizo de la moderna escultura alemana de Franz Metzner. A su lado la figura de Jesús queda empequeñecida y humilde.



LA GUERRA ES LA ALEGRÍA DE LOS BUITRES
 Dibujo de Javier Gosé

Y á los humildes precisamente llama el Salvador á quien, después de mil novecientos quince años, los hombres olvidan ó encarcelan á sus sacerdotes ó destruyen sus templos...

Menos complicada, y, sin embargo, tan trágica es la página de Javier Gosé: *La guerra es el regocijo de los buitres*. Fué dibujada muchos años antes de esta lucha de naciones, cuando la vida sonreía al admirable dibujante.

Cuando *L'assiette au beurre* tenía el prestigio de sus rebeldías, de sus sanos y nobles odios contra todo lo ruín y lo miserable, por alto que esté, se publicó esta caricatura al lado de otras de los primeros dibujantes del mundo que, como la de José, atacaban á la guerra.

Nada recuerda en esta página las otras frívolas, galantes, señoriles y graciosas de después...

Entonces Javier Gosé no influía del modo absoluto que luego había de influir sobre sus contemporáneos. Pero su espíritu juvenil, su confianza en la gloria futura, le hacían fuerte y fuertes eran sus obras.

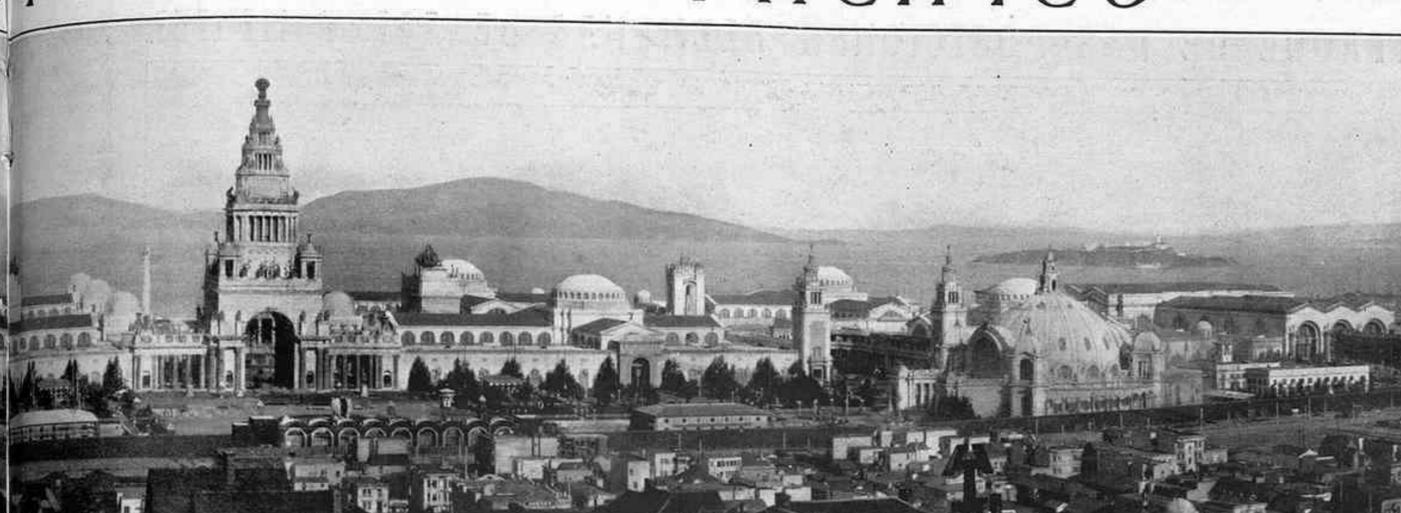
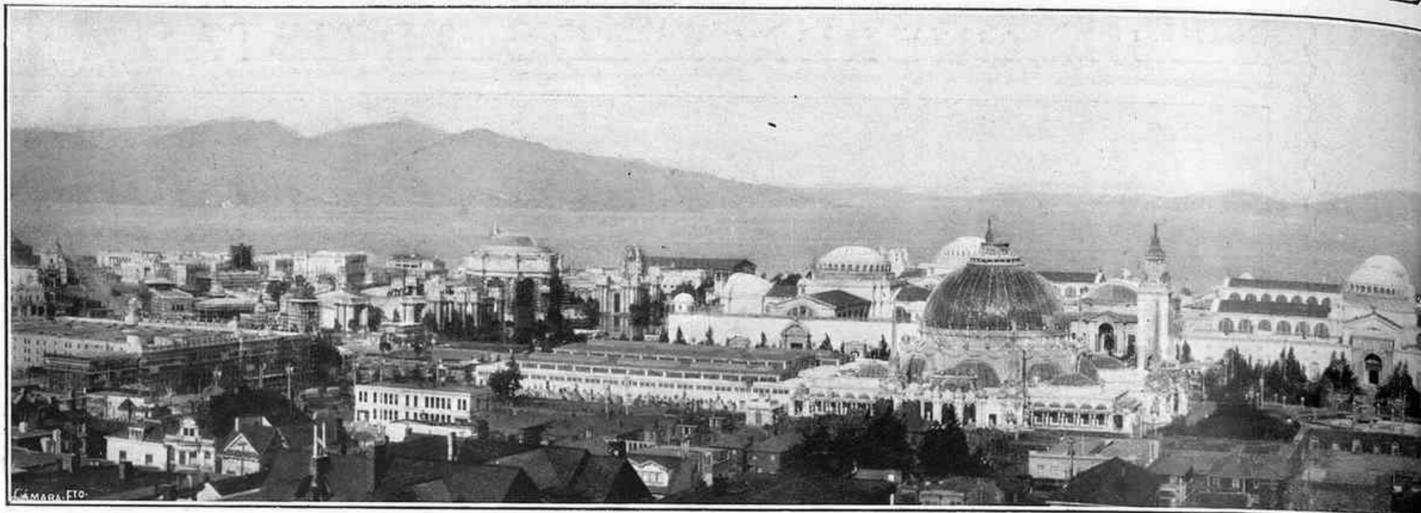
No sólo ideológicamente este dibujo es distinto á los que había de publicar después. Hay más solidez, más energía, más conciencia de la misión que al arte lo eleva por encima del fútil aspecto de ágradar con bellezas y elegancias.

Y sobre todo demuestra que este artista capaz de imponer un arte de sutil decadencia á sus contemporáneos, era también lo que debemos ser todos los hombres capaces de algo más que de matar al prójimo: un irreconciliable enemigo de la guerra.

S. L.



LA GRAN EXPOSICIÓN DE PANAMÁ Y EL PACÍFICO



VISTA PANORÁMICA DE LA GRANDIOSA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PANAMÁ Y EL PACÍFICO, OBTENIDA DESDE LAS ALTURAS DE LA CIUDAD DE SAN FRANCISCO

El día 20 de Febrero, verificóse el acto inaugural de la Exposición Universal de San Francisco de California, conmemorativa de la apertura del canal de Panamá al comercio del mundo.

Digna de esta portentosa obra que tan decisiva influencia ha de ejercer en el engrandecimiento de aquella importante región americana, es la que se emprendió para celebrar el fausto suceso y como correspondía á tan trascendentales iniciativas felizmente llevadas á la práctica, ha sido también el acto inaugural del grandioso certamen, que revisió extraordinaria solemnidad por la presencia en él de numerosas y brillantes representaciones de la intelectualidad de todas las naciones cultas.

El presidente de los Estados Unidos abrió oficialmente aquel magno certamen desde su despacho de Casa Blanca, oprimiendo un botón eléctrico, y Mr. Moore, director general de la Exposición, pronunció un breve y elocuente discurso enalteciendo el gigantesco esfuerzo y la firme voluntad que supone la realización de estas obras en el breve espacio de tiempo en que se han efectuado, lo que demuestra, con elocuencia indiscutible, la eficacia del entusiasmo y de la inteligencia, puestos al servicio del bien y del progreso humano. Expuso los beneficios que han de derivarse de la apertura del canal, no solamente para los pueblos continentales, sino también para las naciones de Europa, que merced á esta vía de comunicación podrán extender considerablemente su comercio y los que de la grandiosa Exposición han de desprenderse del mismo modo, por lo eficazmente que contribuyen estos hermosos concursos de la inteligencia y del trabajo á divulgar el conocimiento del progreso de los países que á ellos concurren, estableciendo relaciones de las que inmediatamente se deriva el engrandecimiento de las industrias, de las ciencias y de las artes.

La Exposición de San Francisco responde cumplidamente á los planes verdaderamente grandiosos de sus iniciadores y de los eminentes artistas que han llevado á la práctica sus proyectos.

Es en primer término un soberbio alarde arquitectónico, una espléndida exhibición del progreso alcanzado por este arte en las distintas manifestaciones y en los

varios aspectos de la edificación monumental, la escultura, la pintura decorativa y la jardinería, y lo es igualmente como certamen del Trabajo, de la Ciencia y de la Industria, de la iniciativa y del esfuerzo de las grandes conquistas alcanzadas por la inteligencia, orientada hacia el bien, hacia el progreso humano, hacia el perfeccionamiento moral y material de los hombres y de las cosas.

Los organizadores de este portentoso concurso pueden enorgullecerse de su obra. En estos días luctuosos, en que la cultura europea, el poder de las grandes naciones se consagra á la destrucción de lo creado por la naturaleza y por el humano esfuerzo, aquellos pueblos jóvenes y vigorosos se complacen en dar á sus energías el más útil empleo, el de ensanchar los horizontes del bienestar y el de hacer más extenso el dominio que la inteligencia humana puede ejercer sobre la tierra.

Mientras aquí los grandes cerebros se aprestan á la obra de aniquilamiento y de muerte, allá se crea y se produce, rindiendo culto al único poder que debe causarnos admiración: el del Trabajo.

No hemos de intentar, en el breve espacio de que disponemos, una descripción del grandioso certamen de San Francisco de California. Ya en uno de nuestros números anteriores mencionamos las más importantes de aquellas portentosas construcciones que, para alojar dignamente los productos del progreso mundial, habíanse erigido en la extensa superficie de Pueria de Oro.

De aquellos palacios suntuosos que forman una ciudad encantada, así como del panorama espléndido que ofrece en conjunto la Exposición, puede dar una idea más exacta la fotografía que publicamos. Y en cuanto á lo que se exhibe en aquellos señoriales recintos, baste decir que todo lo que significa progreso en las ciencias, las artes y la industria está representado en la mayor abundancia y en su mayor grado de perfección. Claro es que todos los pueblos del continente americano son los que dan prueba más elocuente de su pujanza. No ha dejado de contribuir, á este efecto, la paz que disfrutaron, y así lo demuestra el hecho de que aquellos que gozan de este bien, desde más largo tiempo, son los que más pujantes y más adelantados se muestran.—J. B.



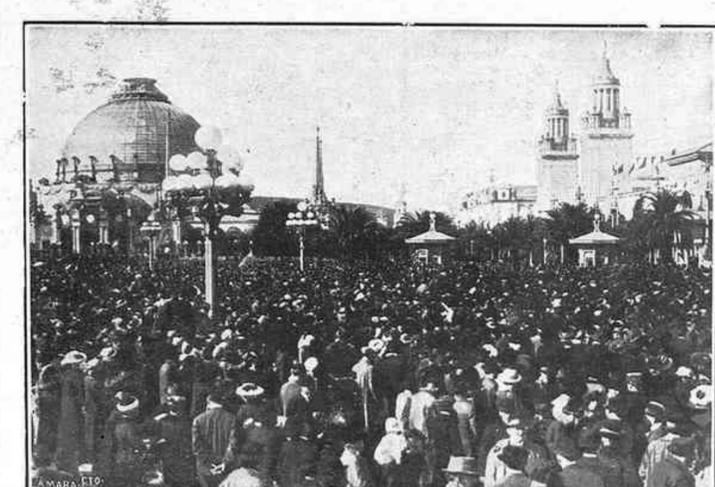
Aspecto de una de las plazas de la Exposición el día de la apertura



La fuente de la Energía, emplazada frente á la torre de las torres, donde se efectuó el acto inaugural de la Exposición



FOTS. UNDERWOOD



Público que asistió á la apertura de la Exposición, dirigiéndose á visitarla



ATAQUE DE LAS POSICIONES ALEMANAS DE SAINT MIHIEL



UNA DE LAS TRINCHERAS PRÓXIMAS Á SAINT MIHIEL, TOMADAS Á LA BAYONETA POR LOS FRANCESES,
EN LAS PRIMERAS HORAS DE LA MAÑANA DEL 17 DE FEBRERO ÚLTIMO DIBUJO DE P. THIRIAT

MINIATURA ROMÁNTICA



La España de ayer: románticas
melenas bajo el sombrero
de alas planas y alto tubo;
perilla á lo mosquetero,
frakes con botones áureos,
corbatas de encaje, al viento,
y la amplia pañosa parda
de tan castizo abolengo.

De esta guisa he visto á Figar
—el amargo caballero—
sonriente en el pulido
marfil de un medallón viejo.

Todo era entusiasmo, lucha,
juvenil desbordamiento;
todo para el alma joven
tenía un sentido nuevo.
Era el amor como un culto
galante y caballeresco;
los poetas se batían

por la gloria de un soneto,
de noche, entre los cipreses
de los viejos cementerios.

La España de ayer: período
romántico y pintoresco;
las melenas de Espronceda
son el airón de aquel tiempo
de amor y de barricadas,
de heroísmos y de ensueños,
cuando los hombres sabían
morir con un bello gesto...

¡Edad de los clavicordios
y pomposos minuets
y galantes serenatas
en el nocturno misterio!

Las pulidas damiselas
—muy pálido el rostro bello—
alisaban las románticas

guedejas de sus troveros
y se parlaba un lenguaje
de muy floridos conceptos.
El amor era el motivo
de vivir y, por un beso,
se batían con el mismo
Caronte los caballeros.

Increíbles frakes azules,
rancieros y absurdos sombreros
de tubo, que ahora evocamos
con un irónico gesto.
¡Oh miniaturas románticas
de los medallones viejos,
de damitas y galanes
de rostros trovadorescos
que lucen luengas melenas
como un airón del ensueño!

EMILIO CARRERE

DIBUJO DE RAMOS

ATENE
BIBLIOTECA
MADRID

EN EL CAMINO DE VARSOVIA



OFICIALES DE ESTADO MAYOR RUSO ESPERANDO LA LLEGADA DE UN AYUDANTE DE ÓRDENES EN LA LÍNEA SUR DE DEFENSA DE LA CAPITAL DE POLONIA, AMENAZADA POR LOS ALEMANES
 Dibujo de C. Clark

ATEN
 BIBLIOTECA
 MADRID



El tren pitaba pregonando la salida. Ramón Martín despedíase amorosamente de su mujer y del chicuelo menudo, que charla-dor decía:

—Papaíto, ¿me traerás juguetes?

—Sí, encanto, sí.

Los últimos besos. Las finales recomendaciones.

—Cló, mucho cuidado con el niño. Llévalo, por las tardes, á la Moncloa. Pero cuando haga sol, ¿eh? Que no se acatarre. Y escribeme todos los días.

Clotilde, la hermosa rubia, murmuró:

—¿No te enfadarás, como la otra vez, si mis cartas no son largas? Ya sabes lo perezosa que soy para escribir. Además, así desearás volver pronto, y no estarás en Londres ni un mes.

El marido respondió sonriente, con gesto de bondad:

—Pero, ¿acaso vas á ser tan remolona para escribir como la última vez que nos separamos? No; escribeme lo más largo posible. Durante las ausencias sólo deseo que llegue la hora de tu carta. Probablemente no estaré ni un mes en Londres. Cada día me parece un siglo lejos de vosotros.

Interrumpió la charla el lento arranque del expreso.

—Adiós, Cló. Toma este beso, Pablín.

—Adiós, papaíto. Taeme muchos juguetes.

Segundos después, Ramón, tendido en un diván del coche, pensaba en la murria de las horas lejos de la felicidad hogareña.

□□□

—«Querido Ramón: Como ayer te decía, Miguel nos ofreció su coche para pasear por las tardes durante el próximo Carnaval por la Castellana. Yo, la verdad, no me decido hasta que tú no confíes. Claro que la amistad que nos une permitiríame aceptar. ¡Pero como no está Dolores en Madrid! Miguel dice pone su coche á disposición mía. Que debo salir esas tardes para que se distraiga Pablín. Pero tú dirás lo que debo hacer. Todas las tardes vamos á la Moncloa. Está hermosísimo aquello. Pablín está coloradote, y tiene gran apetito. Veo tu insisten-

cia para que te escriba largo. ¿Qué puedo contarte si sólo salgo de casa con el niño? Ayer estuvieron en casa las de Rodríguez, cuando Miguel vino á ofrecerme nuevamente su coche. Ya sabes lo pesadas que son. Con su parlanchineo levantáronme dolor de cabeza. Pablín dice quiere le traigas un cajón lleno de juguetes. No te gastes el dinero en comprar para mí tantas cosas. No seas chiquillo. Y adiós, ¿eh? Hoy no es la pereza lo que me hace terminar pronto la escritura. Es un jaquecazo tremendo. Sin duda es continuación del que ayer proporcionáronme las de Rodríguez. Muchos besos de Pablín y otras tantas caricias de tu, —Cló.»

□□□

—«Cló queridísima: Deploro que la brevedad de tu carta de ayer sea por dolerte la cabeza. Pero no seas tan injusta con las de Rodríguez. Son muy latosas, sí. Pero son también muy buenas. No sabía que Miguel estaba en esa. Lo creía, con Lola, en el campo. Me parece muy bien que aceptes su ofrecimiento del coche. Precisamente iba yo á decirte tomárais uno para las tardes de Carnaval. A Pablín le gustan mucho las máscaras. Pero hubiese sido una locura que pasearas esas tardes á pie con el niño. Dile á Miguel que me escriba diciendo por qué no se marchó á la finca con su mujer. ¿Están otra vez de monos? Pensé ayer adelantar mi regreso. Pero decidí aguardar hasta que liquide á últimos de mes con Prechous. La liquidación es más considerable que lo que yo creía. Y ya no me meto en negocios que puedan comprometer el porvenir económico de nuestro hijo. ¿No piensas con orgullo en las horas en que se disputen las mujeres á Pablín considerándolo un gran partido por su guapa mocedad, su carrera brillante y su millonaje de pesetas? Todo, absolutamente todo, para Pablín si la Providencia no nos da otro hijo. Dí al nene que le compré varias cosas: un vaporcito precioso, un taller diminuto de carpintería, un muñeco musical...

Conque ya lo sabes. Acepta el ofrecimiento de Miguel y dale las gracias en mi nombre. ¡Ah! Y que me ponga unas líneas diciéndome por qué no se fué con Lola.

¿Piensas mucho en el día de mi regreso? Seguramente no tanto como yo. Hasta que os los dé con la boca recibe para nuestro hijito y para tí los millones de besos que te manda mi cariño. Tu, —Ramón.

□□□

Corría el tren por entre las negruras de la noche. Y, como el tren, corría el pensamiento de Ramón, entre otras negruras de incertidumbres. Como si no quisiera creer en el dolor que le anunciaba, releía constantemente aquel maldito telegrama recibido en París horas antes:—«Pablín, muy enfermo. Ven, Cló.»—Y se martirizaba Ramón preguntándose cuál sería la enfermedad de Pablín. Dos días antes había tenido en Londres carta de Clotilde. Su mujer decía lo mucho que se había divertido Pablín las tardes de Carnaval; que pasearon por Recoletos y la Castellana en el coche de Miguel. ¿Cómo habría enfermado el niño tan de repente? Fueron para Ramón terribles horas de amarguras las que tardó el rápido en llegar á la estación madrileña. Esperaba en el andén, Félix el administrador de Ramón. Saltó éste del coche interrogando:

—¿Y el niño?

—Mal, muy mal, don Ramón.

—¿Pero vive?

—Sí.

Salieron de la estación. Montaron en un coche. Preguntó Ramón:

—¿Y mi mujer?

—¡Figúrese, don Ramón! Como enloquecida. Dice que sólo es ella la culpable.

Preguntó Ramón trémulamente:

—¿La culpable? ¿De qué?

—Pues, de nada, don Ramón. Que así lo tenía dispuesto la Providencia. Pero la señora dice que si no hubiera sacado al niño las tardes de Carnaval disfrazado de japoncito no hubiese cogido la pulmonía.

Exclamó Ramón, rencoroso:

—Y tiene razón para enloquecer de remordimiento. ¡Qué poco me dijo el disparate que pensaba realizar!

Félix, arrepintiéndose de lo hablado, murmuró:

—Le suplico, don Ramón, que no diga nada á

la señora. Creí que usted lo sabía todo. ¡Como el niño lleva cinco días enfermo! Y como pensaba que usted no ignoraría lo del disfraz...

Se detuvo el coche en la calle de Velázquez. Subió Ramón a saltos las escaleras de su casa sin aguardar al ascensor. Tembloroso hizo sonar el timbre. Abrió la doncella. Precipitose Ramón hacia el cuarto de Pablito. No estaba Clotilde allí. Junto a la cabecera del lecho, estaba Leonor, la fiel niñera de Pablito.

—¿Y la señora?

—Se acostó por mandato del médico. Le dió hace poco un gran ataque de nervios.

Se abalanzó Ramón sobre la cama del enfermo.

—¡Pablín, hijo mío, Pablín!

Abrió el nene los ojos, y entre ahogos de tos, silabeó acariciante:

—¡Papá, papaíto! ¡Tú sí que eres mi papá!...

Estremeciése Ramón. Seguramente se hallaba delirando Pablito. Lo decidió:

—Acuéstese un rato, Leonor, en la cama de una de las muchachas. Hoy me recostaré yo en esta de usted. Prepárenmela mientras voy á ver á la señora.

Se dirigió á la alcoba matrimonial. Antes de penetrar en ella, escuchó un sollozo. Y, segun-

papaíto está comprándome juguetes... Mi papaíto se llama Ramón... No es Miguel mi papaíto, no es Miguel mi papaíto...

En aquellos momentos de pavorosa delación delirante, se descorrió para el oyente desdichado el cendal que cubría su vivir. Pablito continuaba con la cantinela desgarradora del alma de Ramón:

—No es Miguel mi papaíto, mamaíta, no es Miguel.

Ramón, espectral, con los ojos desorbitados, contemplaba al angelito que marchábase del mundo acusando á su madre. Las pupilas de Ramón se clavaban en las facciones del nene, rojas por la calentura. Sí, sí. Era el retrato de Miguel Sandoval, del amigo á quien siempre consideró Ramón como un hermano. Y Satanás ponía la venganza en los labios del mismo hijo de la traición. Asaltóle á Ramón el deseo de correr en busca de Clotilde y estrangularla allí, escuchando la delación de su hijo. Pronto rectificó de modo de pensar. La traidora era indigna de que las manos honradas del marido la dieran muerte. Pero necesitaba saber más, más. No bastábanle las palabras del niño. Fué al cuarto de Clotilde. Dormía la traidora. ¡Oh! Qué intenciones acometieron á Ramón de agarrotar entre

alzó brusco de la silla escuchando un chillido.

Corrió al cuarto de Pablín. Leonor, la que acababa de chillar, salió á su encuentro gritona y lloriqueante. Clamó como reproche:

—¡Muerto, señorito, está muerto! ¡Y murió tan solito el infeliz!

Leonor, contempló asombrada el gesto frío de Ramón:

—Que avisen á la señora.

Tartamudeó la mujer:

—¿Pero se lo vamos á decir tan de repente?

Ramón, impassible, sereno, exclamó:

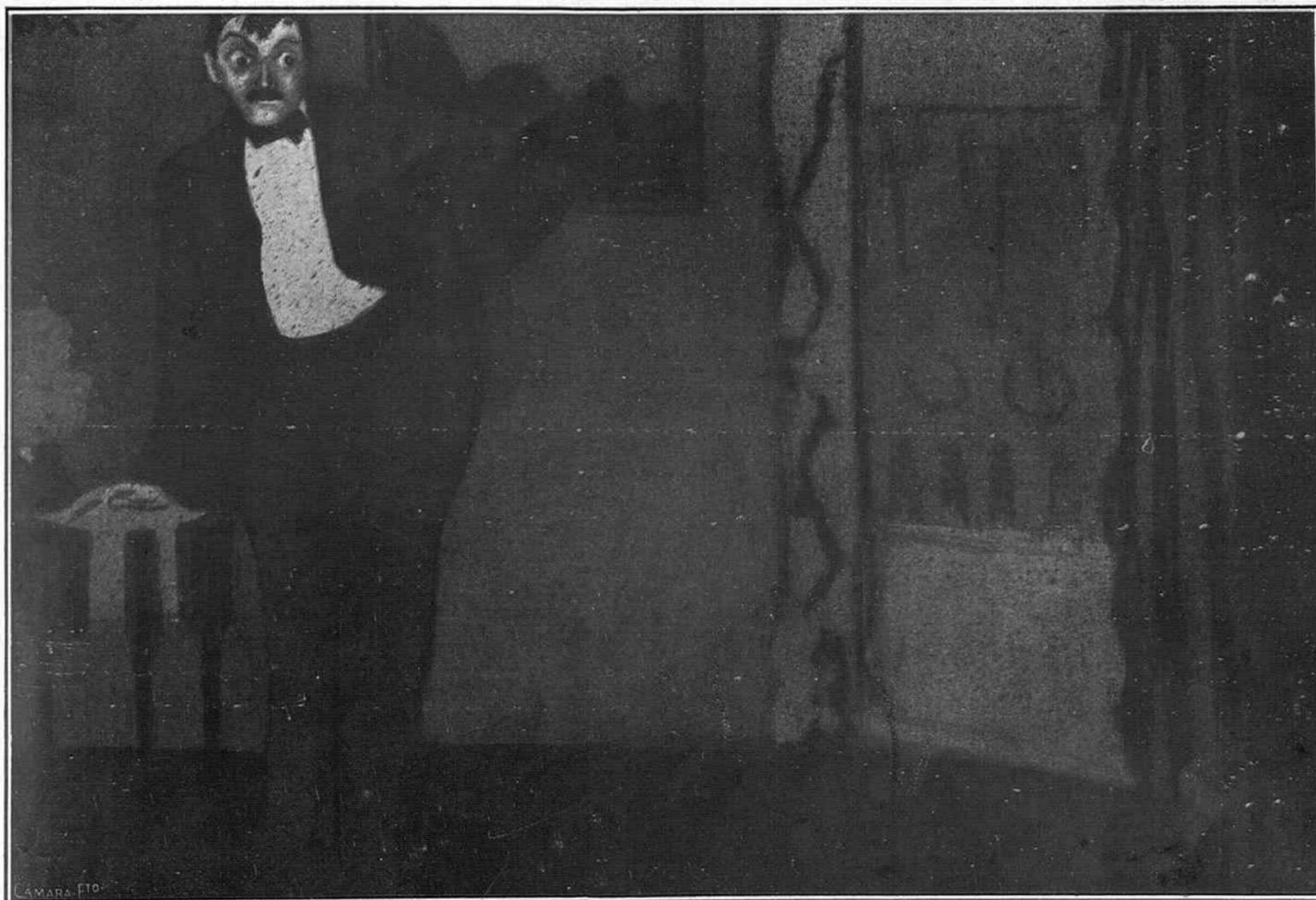
—Sí.

Se marchó Leonor presurosa. Quedóse Ramón frente al hijo de los otros, que con los ojitos azules aún medio entornados, parecía sonreírle. ¿Qué culpa tenía el angelito que acababa de morir? Durante su corta vida, ¿no le había llamado padre? ¿Por qué mirar con rencor al angelito aquél? Se aproximó Ramón, amorosamente, al lecho. Cerró los párpados de Pablín. Y depositó un beso paternal sobre la frentecita marmórea.

Se oyó un grito de locura:

—¡Hijo mío, hijo de mi alma!

Y penetró en la alcoba Clotilde seguida de los sirvientes. Ordenó á éstos Ramón:



dos después, Clotilde hipeaba entre los brazos de Ramón.

—¡Soy la culpable, solamente la culpable!

Y fué allí, volcando lágrimas, donde Clotilde confesó haber disfrazado á Pablito.

—¿Sabes? Miguel me lo dijo un día en broma. ¿Por qué no difrazas á Pablito y lo retratas y sorprendes á Ramón con un retrato? ¡Estará tan lindo! Y aquella pregunta hizome caer en la tentación de disfrazarle. Si se nos muere, yo tendré la culpa, yo.

Respondió Ramón, rabioso:

—Tu no, hijita. La tendrá Miguel, por haberte propuesto tal disparate.

Volvió la crisis nerviosa. Hubo de recurrirse otra vez á los calmantes. Poco después, Clotilde, ya encalmada, parecía dormir. Abandonó Ramón á su mujer para ir al cuarto del niño.

—¡Retírese ya, Leonor!

Quedó sólo Ramón con Pablín. Cada vez era más fatigosa la respiración del nene. Contemplábele Ramón lleno de angustia. ¡Oh! Estaba mucho peor de lo que Clotilde suponía. De pronto aterróse. Salían palabras temblonas por los labios del chiquitín:

—No, mamaíta. Yo no llamo á Miguel papá. Mi

sus dedos la garganta de la infiel. Buscó en los bolsillos del batín de Clotilde, donde sabía guardaba las llaves del secreter, de aquel secreter que Ramón antes, lleno de confianza, jamás hubiese intentado profanar curioso. Y, con las llaves, dirigióse sigiloso al gabinete. Abrió el secreter. Rebuscó. Allí, escondidas en el fondo de un cajón, vió dos cartas. Una de un continental. La leyó. Tres renglones:—«Mañana iré á comer contigo y nuestro hijito. Miguel.»—Con las manos crispadas atenazó la otra misiva. Lacónica también:—«Lola sospecha de tí. Ayer tuvimos un escándalo. Y nos deja en paz, como Ramón marchándose al campo unos días. Espérame á las cinco. Tuyo, Miguel.»—Comprendió entonces todo el traicionado. Miguel comería con Clotilde y el niño. Tal vez el champán mareó á los amantes. Y, entonces, acaso dijese Clotilde á su hijo: «Pablín, llama papá á Miguel.» Y, seguramente, sería en aquel momento cuando Pablín respondiera: «No es Miguel mi papaíto, mamaíta, no es Miguel.» Sentado y con la cabeza hundida entre las manos, Ramón, con el alma destrozada, rompió á llorar. Y las horas desfilaron por el reloj más rápidas que los recuerdos por la mente del torturado. Amanecía ya. Se

—Marcharse.

Quedaron solos. El, de pie, cereño, con los brazos cruzados. Ella, de bruces sobre la cama, besuqueando al cadáver entre gritos de dolor:

—¡Soy la culpable, soy la culpable!

Sonó á las espaldas de la mujer la voz acusadora:

—Sí. Eres la culpable. Y tu mismo hijo antes de morir castigándote, poniendo en mis oídos estas palabras: «No es Miguel mi papaíto, mamaíta, no es Miguel.» ¿Las recuerdas? Y ahora toma estas cartas. Son del padre del hijo á quien matásteis. Yo no quiero matarte más que con el desdén y con el remordimiento que tendrás mientras vivas, pensando en que quien te delató fué tu propio hijo, al morir, víctima de sus padres. Pero para mí estás muerta. Mañana, detrás del cadáver de tu hijo, saldrás para siempre de mi casa.

Sobre aquel lecho de la muerte, se desplomó Clotilde con carcajadas de locura.

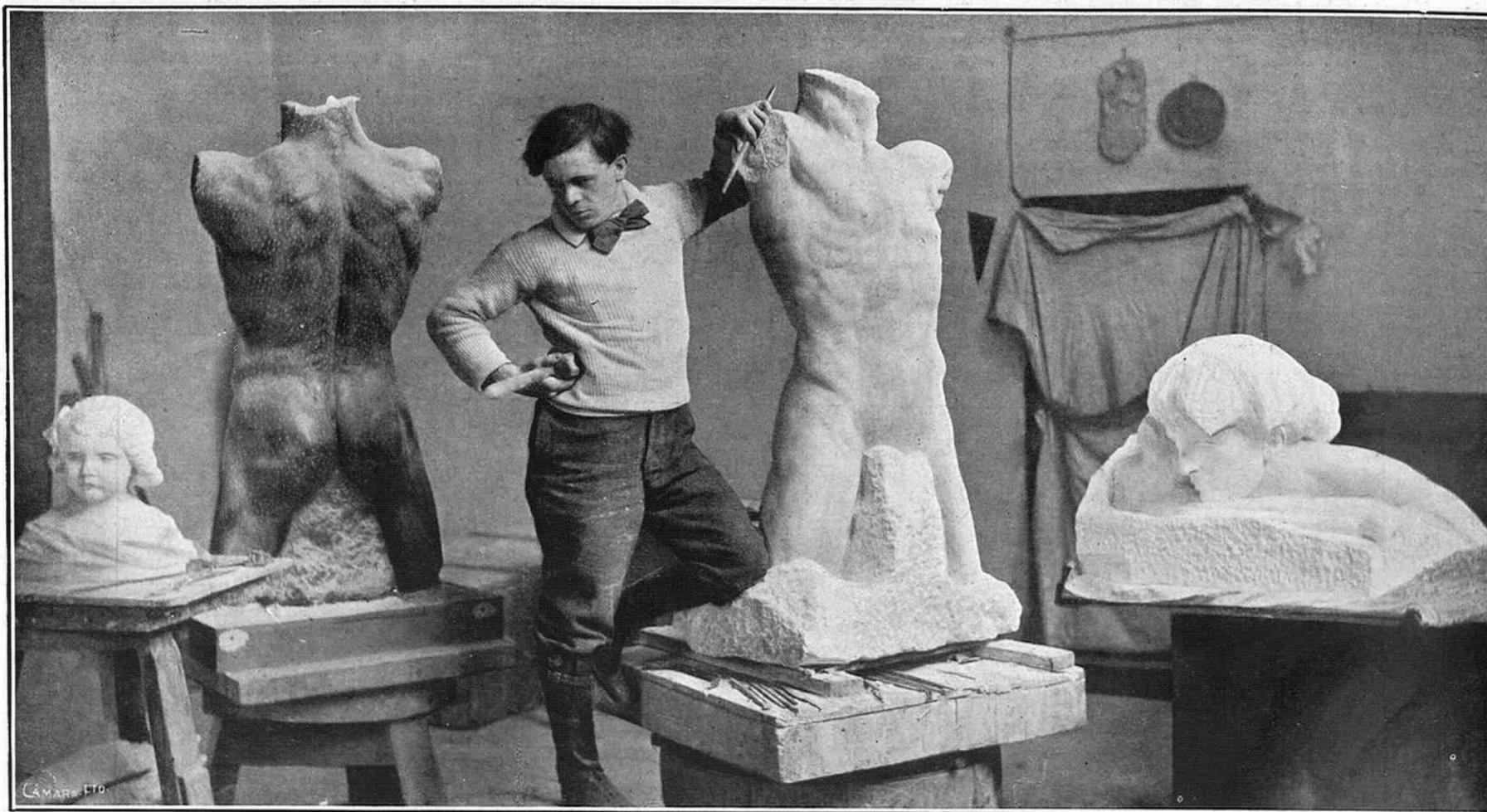
BENICNO VARELA

DIBUJOS DE DHOY



ESCULTORES CONTEMPORÁNEOS

MOISÉS DE HUERTA



Moisés de Huerta en su estudio

EN la Exposición que los pensionados españoles en Roma celebraron durante el mes de Mayo de 1914 (1), lo más saliente, lo que de modo más sólidamente afirmativo aseguraba el renacimiento artístico de España, era la instalación de Moisés de Huerta.

El colosal grupo *Las Parcas*, la *Venus del beso*, el *Torso de hombre*, *La Hetaira*, el retrato de Alfonso XIII, demostraron hasta qué punto España podía estar orgullosa de un nuevo escultor, cuyo nombre venía á unirse á los de Inurria, Julio Antonio, Clara, Casanovas y Capuz, para que se olvidaran los de otros señores que, á fines del siglo XIX, han medrado ó impuesto su mediocridad lamentabilísima...

Moisés de Huerta tiene una historia artística tan breve como gloriosa. Menudito, inquieto, nerviosillo, no da la sensación recia y maciza de un castellano, sino la otra sutil de un florentino del *Quattrocento*. Y, sin embargo, la vida antes de rendirse como una enamorada, tuvo para él esquiveces y amarguras que pudieron frustrarle

(1) Véase el núm. 23 (6 de Junio) de LA ESFERA.

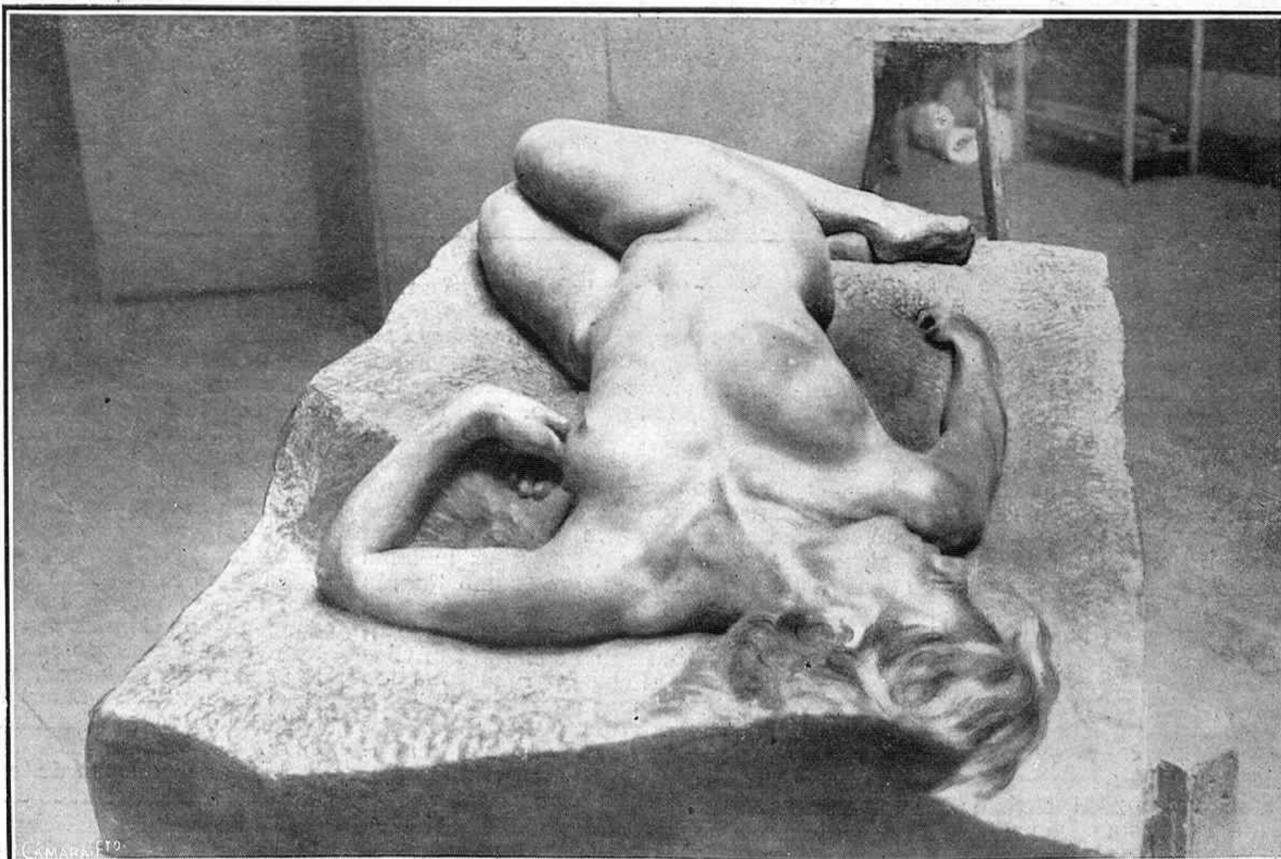
esas cualidades florentinas. Hijo de labradores, nació en Muriel de Zapardiel, provincia de Valladolid; pero su niñez transcurrió en Vizcaya. Primero en Zornoza, después en Bilbao. Cuando habla de estos años, todavía no muy lejanos, sonríe levemente, con esta sonrisa fría y poco contagiosa que le desnuda los dientes finos como los de un lobo. Sin nostalgia, sin pena evoca

sus trabajos de obrero en los talleres de «mercaderes de santos» en Bilbao.

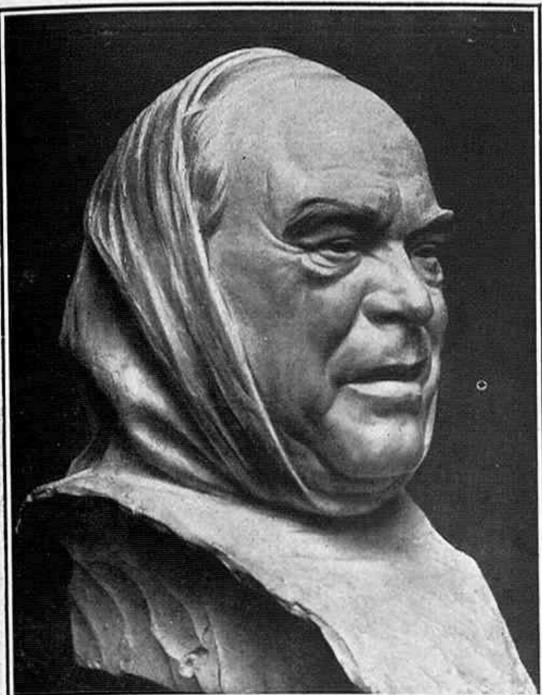
Aún no había despertado en él su personalidad. La adormecía la abrumadora labor cotidiana tan infecunda y estéril. Fué al retorno de París, en 1907, cuando ya empezó á vivir sin avergonzarse de su arte. Nada sin embargo hacía presentir en las caricaturas de tipos vascos en madera, que entonces vendía profusamente, la obra futura, tan admirable. Y sin embargo parecían más dentro del temperamento menudito y nervioso.

De Bilbao se trasladó á Vitoria para trabajar en la nueva Catedral y en 1909, después de unas oposiciones reñidísimas, donde tuvo que luchar con rivales dignos de él, consiguió la plaza de pensionado de escultura en la Academia Española de Roma.

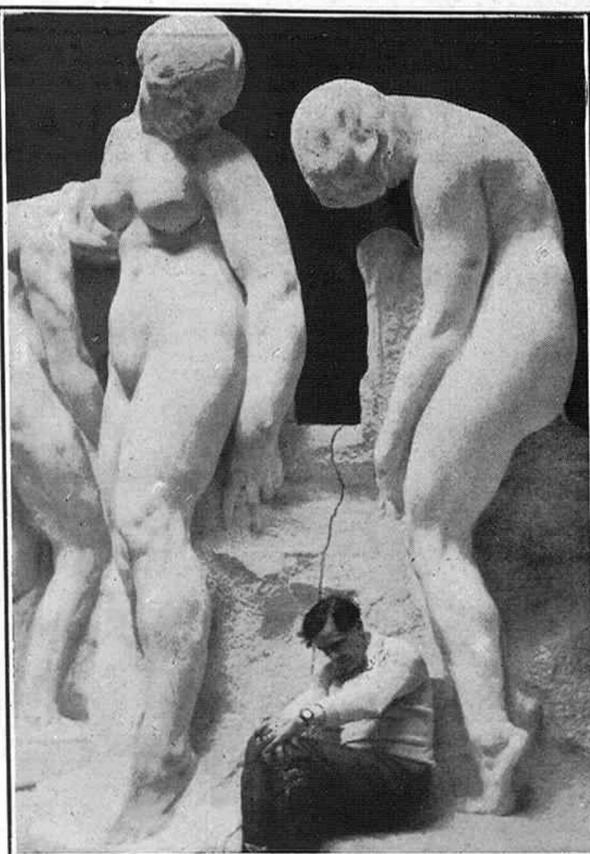
De esta fecha parte el comienzo de su verdadero camino. Inspirándose en los inmutables é in vencibles modelos clásicos, Huerta aprende á ver el natural en toda su integridad. Se asimila el espíritu helénico; pero no hasta el punto de una imitación servil, de una interpretación sin alma ni belleza. Al



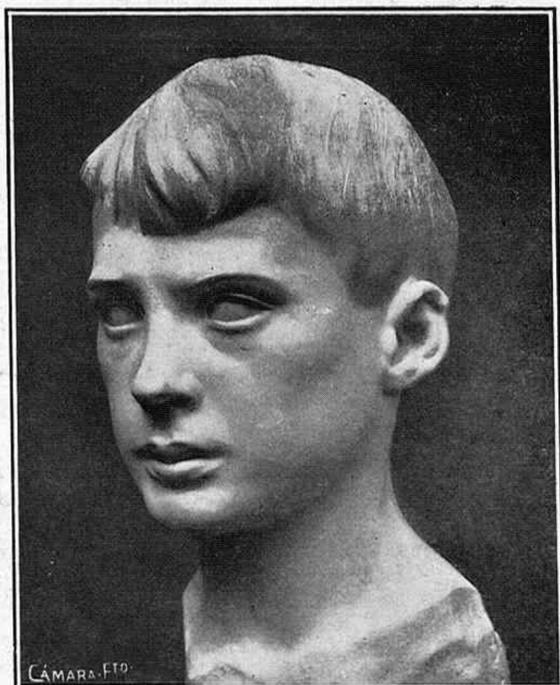
Desnudo de mujer, premiado con primera medalla en la Exposición Nacional de 1912



"Fralle italiano"



"Las Parcas", obra de Moisés Huerta, hecha en Roma durante el último año de pensionado



"Cabeza de muchacho"

contrario. Mientras sentía muy grata, conscientemente, el influjo de los clásicos, no por eso se olvidaba de su siglo. Y á los nombres de artistas helénicos que puedan sugerirnos ciertas obras de Huerta, se unen también los de otros escultores contemporáneos que han renovado numerosos valores estéticos y cuyas huellas siguen la mayor parte de los escultores jóvenes españoles. La Exposición-Nacional de 1912 consagró definitivamente á Moisés de Huerta. Su *Desnudo de mujer* que, con el *Torso de hombre*,

el alto relieve *Naturaleza* y el retrato del pintor Labrada, constituían la totalidad de su envío de segundo año de pensionado, obtuvo primera medalla. ¡Qué seguridad pasmosa, qué maravilloso dominio técnico hay en ese admirable desnudo de mujer! Pocas obras contemporáneas dan tal sensación de vida, de morbidez efectiva. Huerta aprovechó sus últimos años de pensionado para dar cima á *Las Parcas*, á la *Venus del beso*, verdadero prodigio, á *La Pecadora* y al monumento de la Riva para la Habana.—SILVIO LAGO



"Mater Dolorosa", grupo escultórico para un mausoleo



LA ESFERA
LA GUERRA EN EL MAR



CAMARA FOTO
UN DIRIGIBLE ALEMÁN BOMBARDEANDO A UN BUQUE FRANCÉS EN EL MAR DEL NORTE
(DIBUJO DE VERDUGO LANDI)

MOYA DEL PINO

RAYOS

RAYO DE SOL

Quando leve huye el sueño de tu lecho fragante
y juvenil despiertas como la blanca aurora;
cuando vuela tu mano nevada y seductora
para alisar los rizos de tu frente radiante;

cuando, el balcón abierto, ves al sol rutilante
quebrarse en la corriente que la fontana llora
y alegrar á las aves en la fronda sonora
y danzar en las perlas del rocío brillante,

quisiera ser un rayo del sol, amada mía,
y llegarme á tu alcoba temblando de embeleso
para anunciarte el claro nacer del nuevo día

y clavar en tus labios la flecha de mi beso
y buscar tras su curva del corazón la vía
y extinguirme en la sombra de tus pupilas preso...

RAYO DE LLAMA

El tiempo, monstruo insano, marchitará tus rosas,
pues sólo es la belleza "verdura de las eras".
No contarás tus años por gayas primaveras,
sino por invernadas lúgubres y llorosas.

Ya te veo en las noches heladas y medrosas,
mientras el viento bate, silbando, las vidrieras,
brindar tus pies livianos á las llamas ligeras
que en la honda chimenea palpitan silenciosas.

Fuera rayo de llama en tal sazón, bien mío,
y, como el buen labriego vive para su mies,
yo viviera un momento por distraer tu hastío,

y un punto por alzarme de mi rojo pavés
y un espléndido instante por entibiar tu frío
y un divino segundo por morir á tus pies...

RAYO DE LUNA

En tu pobre y tranquilo cementerio aldeano
te entregarás al sueño del que no se despierta;
será tu fosa humilde y no estará cubierta
más que con lindas flores y con césped enano.

Sobre el ciprés que vele tu cuerpo soberano
el sol pondrá, muriente, su triste luz incierta
y, cuando ya las sombras tengan libre la puerta,
coronará la luna un vecino altozano.

Entonces fuera rayo de luna refulgente
y descendiera trémulo para besar el suelo
que te cubra piadoso de los pies á la frente.

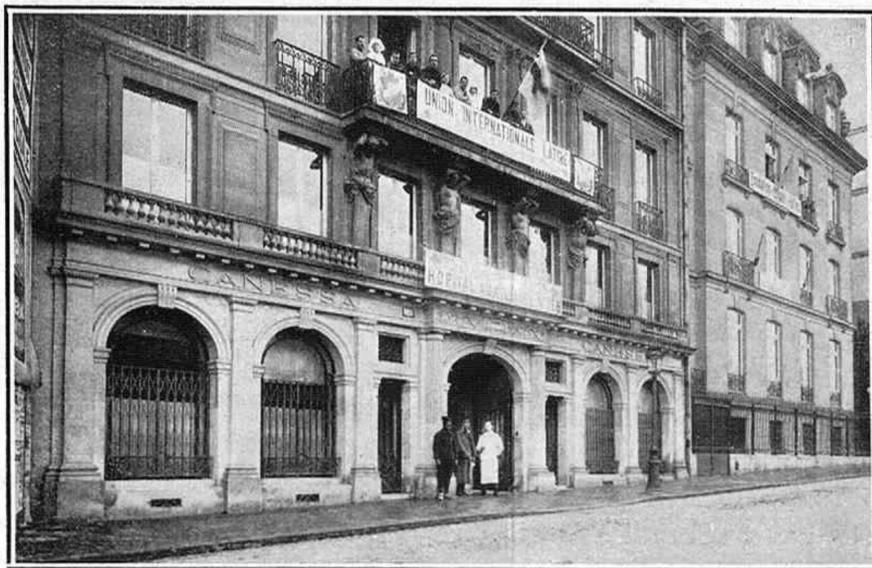
Y, después, amor mío, lleno de loco anhelo,
trazara en el espacio un gigantesco puente
para que tú subieras desde la tierra al cielo...

DIBUJO DE MOYA DEL PINO

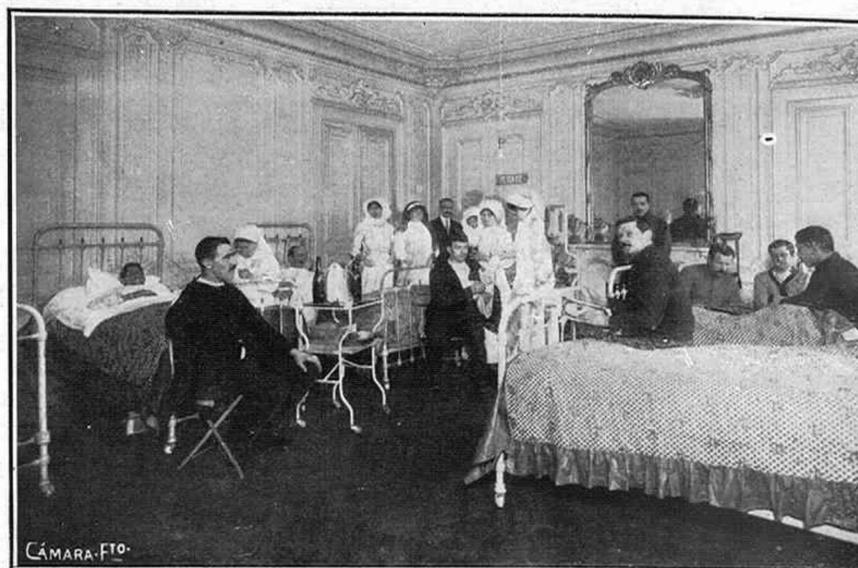
JOSÉ A. LUENGO

ATENEÓ
BIBLIOTECA
MADRID

PARÍS Y LA GUERRA LOS HOSPITALES AUXILIARES



Edificio de los Campos Elíseos, donde está instalado el Hospital auxiliar 166



Una de las salas del Hospital y cura de un herido por las señoritas enfermeras

Aquí tenéis, en medio de estas páginas, en que se reproducen momentos terribles, escenas crueles de esta guerra que devasta al mundo, la nota tierna y consoladora de los Hospitales de Sangre, en lo que tiene su institución de misericordioso.

Del horror de la hecatombe, este admirable espectáculo de fraternidad, de amor y de consuelo es lo único que con legítimo orgullo puede mostrar a la posteridad la generación presente.

Por eso quiero que queden pruebas gráficas —al lado de aquellas otras— del esfuerzo hecho por compatriotas nuestros creando, con hermanos de raza, un Hospital donde reciben auxilio centenares de heridos.

Es el Hospital número 166, instalado amplia, lujosa y cómodamente, en un suntuoso edificio de la Avenida de los Campos Elíseos.

La *Unión Internacional Latina* ha reunido en rededor de su obra y para mejorarla, un admirable y sufrido ejército de mujeres que luchan, no contra sus semejantes—como los otros ejércitos que la ambición ó el rencor llevan a morir,—ni en defensa propia, ni en la de sus intereses, sino contra la muerte, que acecha infatigable la ocasión propicia y defendiendo de ella a los seres que doloridos y maltrechos—casi vencidos ya—fueron confiados a su femeníl ternura...

Vedlas, antes orgullosas y coquetas, poseídas de su belleza, ahora humildes y sencillas, sabedoras de su misión.

Aquellos trajes ricos, de telas diversas y de formas infinitas; de brillantes colores y de varios paños; las joyas admiradas, las costosas pieles, los sombreros lujosos; aquellas sedas, aquellos encajes, aquellas gasas y aquellas flo-

res, han sido subrogados, actualmente, por el sencillo y uniforme traje blanco, del que se destaca, como un esmalte, el venerado emblema rojo de la cruz.

Ved cómo pasan y se alejan por las galerías —bañadas de penumbra y de misterio—sus albas y nítidas siluetas. Os semejarán la misma mujer que hubiese cambiado de líneas y hubiese cambiado de gesto. Van, vienen, se paran, vuelven a caminar, con un andar ligero, suave y silencioso, que nos recuerda el vuelo sutil de las mariposas.

¡Admirables mariposas blancas que ofrendan a los heridos la deliciosa miel de sus cuidados, como libada por ellas, en un ideal vergel de modestas flores nacidas en un jardín abandonado, donde todo fuese silencio, todo paz y todo ensueño!

Vedlas cómo con sus finas manos, delicadas y pálidas, llevan al paciente la poción que amortigüe su fiebre, el alimento que tonifique sus fuerzas ó las flores olorosas y frescas que alegren su vista. Y esas blancas manos, que lavan heridas, que vendan piernas y que escayolan brazos; esas manos sigilosas y hábiles, transforman—como por arte sibilino—al ser débil, escéptico, angustiado y medio moribundo que se les entregó, en el hombre fuerte, decidido, emprendedor y creyente de antes. Porque no es solamente la cura corporal la que proporcionan, es el espíritu, es el alma del herido, la que sale confortada de estos hospitales.

¡Cuántos de ellos, curados ya y en tiempos codiciados de paz y de ventura, recordarán tiernamente—en la fábrica, en el taller ó en el campo—la voz suave y armoniosa de la enfermera

que les cuidó, sus sabios consejos ó aquellas vagas palabras que dejaban columbrar un prudente y místico amor! ¡Cuántos de ellos, en tiempos mejores, se crearán guiados por aquellos ojos divinamente azules, de la mujer quiméricamente rubia, vista por vez primera al despertar de su delirio, cuando en el campo de batalla una bala quiso segar su vida!

Los servicios del Hospital número 166 son dirigidos diestramente por Madame Paul de Chabanaud, de la *Unión des femmes de France*. Ayúdala en su misión, afanosas é incansables, entre otras, la princesa rumana Soustzo, la condesa de Vlahustici Statiniano, Madame Louis van Biesr y Mademoiselle Viola. La labor de todas es varia y es discreta, es amable y es santa. La dirección religiosa está a cargo del canónigo director del Liceo de Estudiantes Católicos de Luxemburgo.

Y para terminar, os daré los nombres de los españoles que como individuos de la *Internacional Latina* velan y cuidan su Hospital.

El marqués de Casa-Riera, filántropo aristócrata, paño de lágrimas de todo español, vencido, fracasado en París; Cristóbal Botella, el escritor y jurista; José Muñoz Escámez, el fundador de *Revista Gráfica*, honra de un hombre que honra a su Patria; Joaquín de Rueda, el culto literato; Carlos Ibáñez Ibero, el presidente de la Asociación Española é Hispano-Americana; Horacio Anasagasti, Pedro M. Díez.

¡Con qué solicitud, con qué altruismo, con qué resignación y qué paciencia, acometen su obra!...

ERNESTO NIETO



La hora de la cura en la enfermería del Hospital



Aspecto del comedor del Hospital

FOT. LANSIAUX

LA ESFERA

DE LA VIDA INGLESA



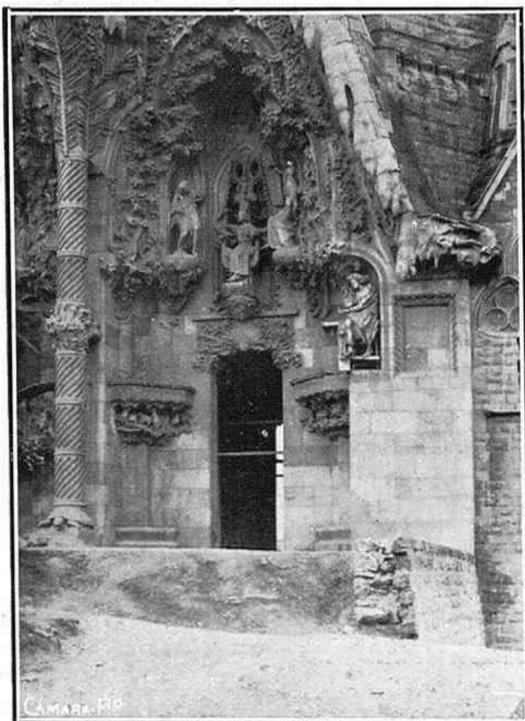
FIVE O'CLOCK TEA

Dibujo de Demetrio Monteserín

BIBLIOTECA
MONTESERIN

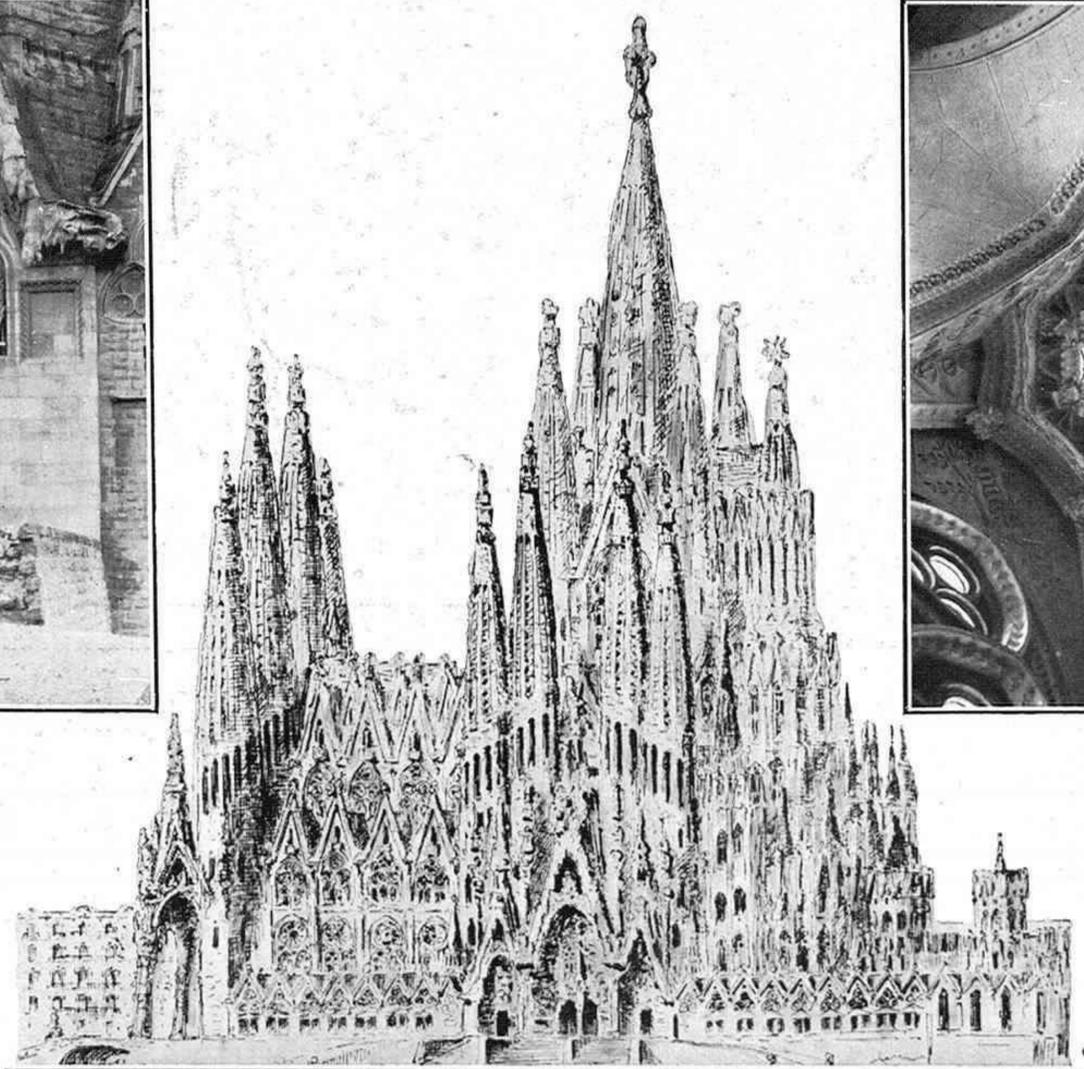
MONUMENTOS ESPAÑOLES

EL TEMPLO DE LA SAGRADA FAMILIA



Detalle de la puerta de la Fe

Es una obra audaz. Antonio Gaudí, el arquitecto poeta, ha fundido en ella su altísima idealidad romántica con sus profundos conocimientos técnicos. El plan es de una grandiosidad casi fabulosa y no es aventurado decir que se trata de una labor de siglos. Gaudí lo sabe, pero conserva firme su esperanza. sin desalentarse ni un momento, seguro de que los hombres no le abandonarán á lo largo del lento peregrinaje. Gaudí dejará resuelto todo el proyecto, y las generaciones venideras seguirán la gigantesca construcción. Actualmente está ya construída la fachada del Nacimiento ó Gozo, el ábside, y fragmentos del claustro. Falta todavía mucho. Pero la belleza de lo que está ya en pie es tanta que ha de ser el más vigoroso estímulo para que los trabajos continúen sin interrupción.



Croquis del conjunto del templo, visto desde la parte Oriental

El templo ha de tener tres fachadas. La del Nacimiento de Jesús, ó Gozo. La del Dolor, ó Pasión y Muerte. La de la Gloria, con las Positimerías, el Infierno y el Juicio Final. Cada fachada tendrá cuatro campanarios; lo que hace un total de 12 campanarios. El cimborrio tendrá una altura de 170 metros, y se apoyará en cuatro torres de más de cien metros de alto cada una. El ábside encerrará una torre también de cien me-

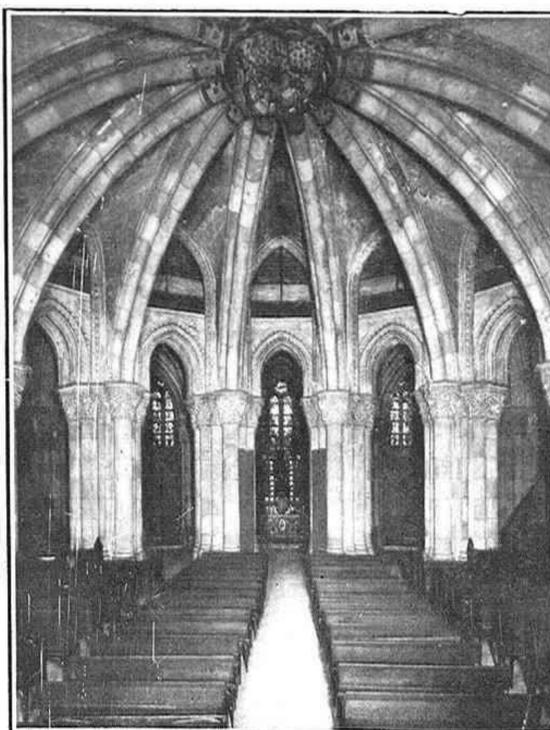


Detalle de la linterna del claustro

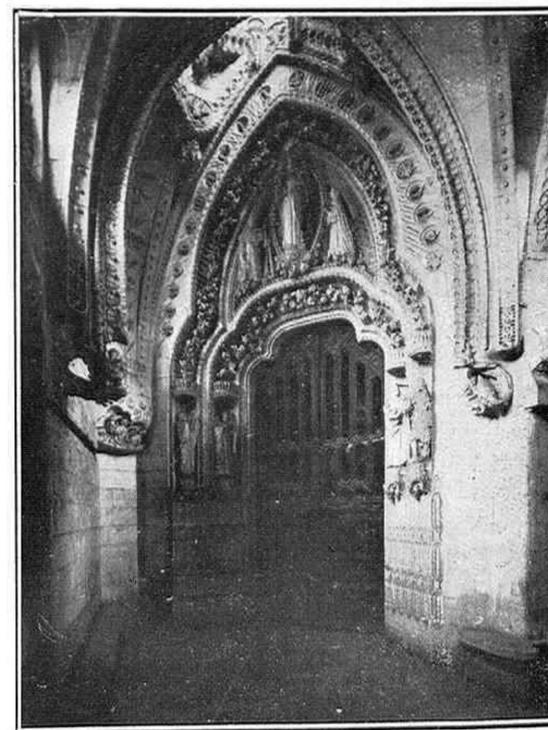
tros de alto. Tendrá la iglesia cinco naves en forma de cruz, y su altura será de 45 metros. En el crucero se levantará el altar ó baldaquín. En el ábside se instalará el coro del clero. El templo será muy luminoso y tendrá innumerables ventanales. Por estos breves detalles se comprenderá la grandeza de la obra. No es esto sólo. Es que, además, viene á demostrar muchísimos puntos, antes dudosos en Arquitectura. Se suprimen los arbotantes, lo que se consigne por la forma parabólica de los arcos; con esta importantísima innovación los esfuerzos se concentran, al revés de lo que ocurre con el estilo gótico, que los disgrega. Unido esto á la supresión del compás, á la ausencia de las flexiones y á la repulsión de los tirantes, se deduce que nos hallamos ante la obra más revolucionaria



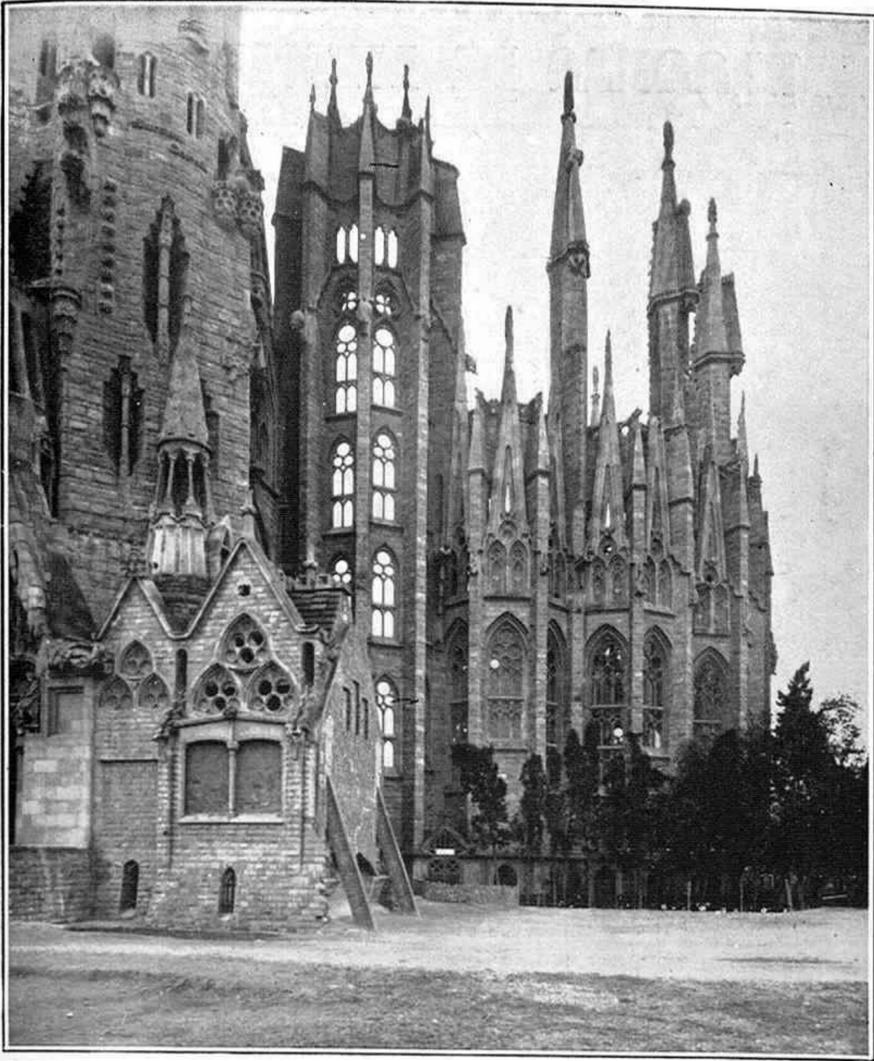
Escalera de la cripta



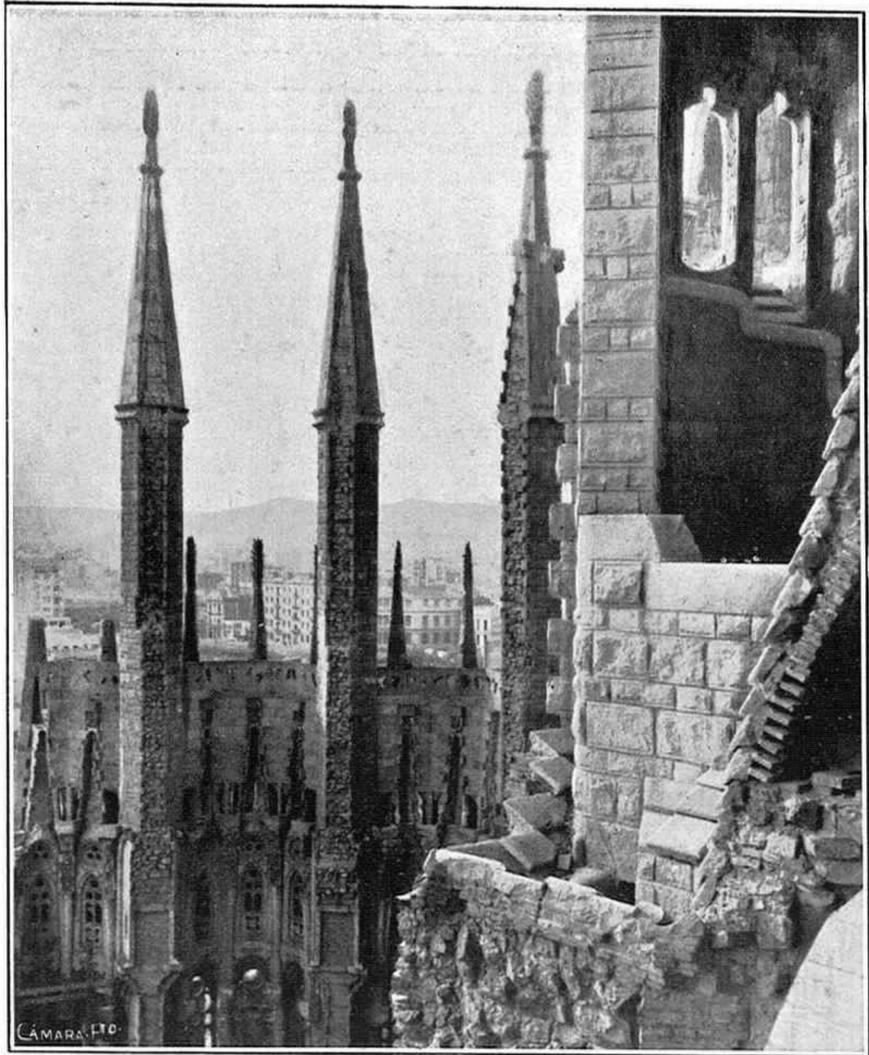
Nave central de la cripta



Puerta del Rosario en el claustro



Detalle del claustro y ábside



Detalle de las agujas del ábside

que se conoce en el campo de la Arquitectura. A pesar de este gran tributo á la técnica, la concepción es de una portentosa espiritualidad. Gaudí, matemático, calculador, es á la vez un místico de la piedra. Logra expresar con ella todas sus ideas, aun las más suaves y blandas. El Templo de la Sagrada Familia es un cántico á la Humanidad, á la armonía universal. Hombrés, animales, plantas, todo se modela en la dura roca, entonando un himno al Creador.

Barcelona tiene contraída una gran deuda artística con el mundo entero, y no ha de dejar que se paralícen las obras del Gran Templo. Por desgracia, la amenaza es seria. El dinero escasea. Un puñado de discípulos de Gaudí ha emprendido la cruzada y remueven todo lo re-

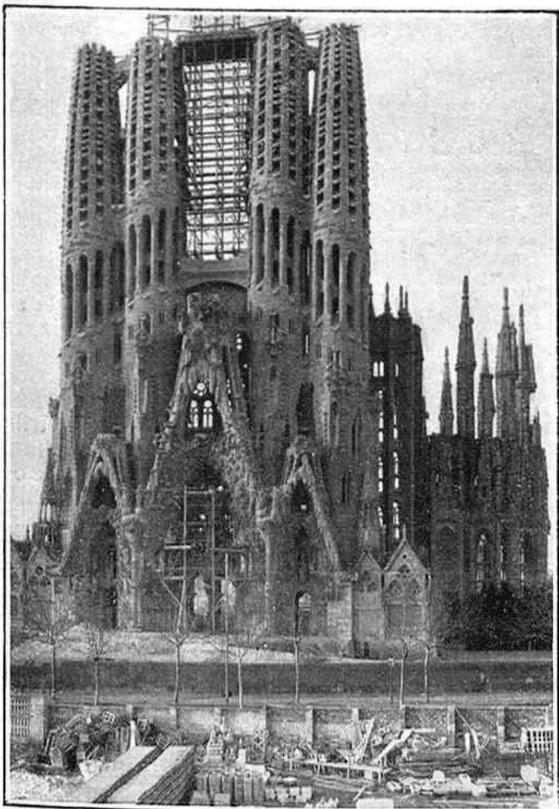
ría una gama de 60 notas que por medio de un mecanismo ya resuelto, un organista experto podría tocar, desde el interior de la iglesia, las más hermosas páginas religiosas de Händel, de Bach, de Haydn, de Beethoven...

Esto es lo que Gaudí quisiera poder hacer para en breve. ¿Podrá ser?... ¿Se reunirá el dinero necesario para dejar terminada esta parte de la obra inmensa?... Muchas son las suscripciones abiertas, mucho el dinero ya recaudado no sólo en Barcelona, sino de España entera; mucho falta aún, pero es de creer que todo llegará á recaudarse y que Barcelona, la hermosa ciudad mediterránea, podrá unir á sus numerosas bellezas, esta magnífica muestra de su idealidad.—M.

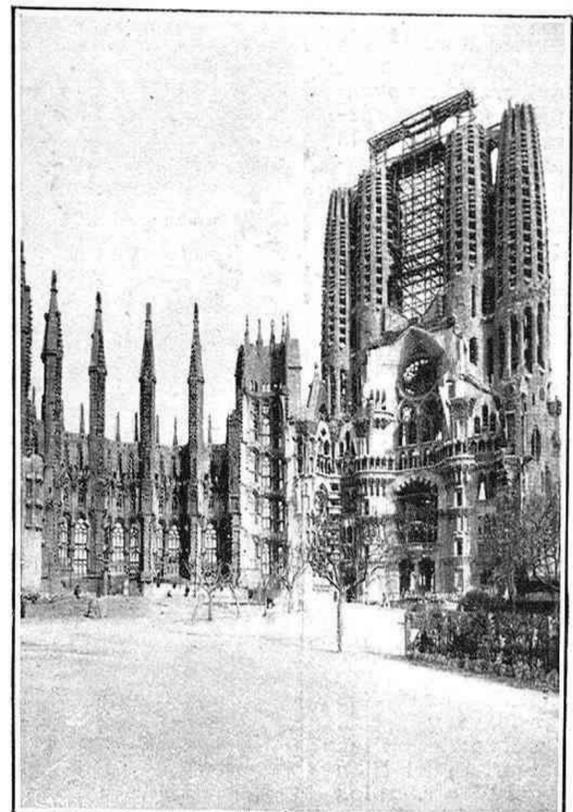


«La degollación de los Inocentes», grupo escultórico de la Puerta de la Esperanza

movible para allegar recursos. Se quiere, por lo menos, que sea posible terminar por completo la Puerta de Oriente, ó del Nacimiento de Jesús, y cubrir el ábside en la parte necesaria para hacer un velarium ó cubierta provisional sobre lo que han de ser las cinco naves del templo. Así, mientras los siglos fueran acabando la obra, el Templo podría ya utilizarse. En los cuatro campanarios que quedarían terminados se instalaría un «Carillón», de proporciones grandiosas, para celebrar fiestas no conocidas todavía en el mundo. Las campanas serían de forma tubular, para poder obtener notas perfectamente afinadas en tonos y semitonos; en cada campanario se instalarían 15 campanas, con lo cual se forma-



Fachada del Nacimiento y ábside



Vista de las obras desde el interior



LA GUERRA EN FLANDES Y EL BLOQUEO DE ALEMANIA

RESTE Ger-
mania vi-
gorosa-
mente el brioso
empuje de sus
enemigas que,
por tierra y por
mar, no sólo
tratan de que-
brantar las indomables huestes
teutónicas, sino
que pretenden, á
toda costa, pri-
varla de los re-
cursos precisos
para la vida, que
en normales épocas
importaba de otras naciones.

Adueñóse Inglaterra de los mares, y con ello puso fin al comercio germano. Esta paralización intensa de la industria, esta estrangulación *manu militare* de las vías comerciales germanas, puede acarrear á la larga imprevistos conflictos, y eso que en materia de guerra ningún pueblo tan previsora como el alemán, cuya virilidad y energía son gigantescas.

En el Mar del Norte, paso obligado de las costas alemanas al Océano, domina la escuadra británica, y en el Adriático, que baña toda la frontera marítima de Austria, son permanentes vigías los barcos de guerra franceses, que amparados, si preciso fuera, por sus aliados los ingleses, mantendrán embotellada en Pola á la flota austriaca.

Alemania tiene en Kiel un fortificado é inexpugnable refugio, y un fácil paso del Mar del Norte al Mar Báltico.

Los ingleses no precisan dividir su flota para atalayar las dos salidas del militar canal. Concentrada su escuadra de observación en su gran base naval del Mar del Norte, Rosyth, en la ría de Forth, á unas 575 millas de Heligoland y del Skagerrack, ejerce el marcial bloqueo de ambos extremos del canal, y si por cualquiera de ellos se aventurase á salir á mar libre la escuadra germana, avizorarían la aventura los exploradores británicos y la totalidad de las fuerzas inglesas de primera línea entablaría combate en condiciones evidentes de superioridad, con los buques germanos. Las costas alemanas están sólidamente fortificadas; forman casi ángulo recto en la bahía de Heligoland, cuya isla es centinela avanzado á más de 20 millas de los bancos de arena que defienden ambas orillas. El puerto fué terminado el pasado año y es base naval y militar de escuadrillas marítimas y aéreas. En él confluyen los estuarios del Elba y del Weser, en los que aguas arriba se asientan Hamburgo y Bremen, notables



Heroica defensa del pueblo de Radinghem por la infantería inglesa, con la que hizo retroceder á fuerzas alemanas muy superiores en número

centros de construcción é industria naval, y entre ambos estuarios Cuxhaven, importante puerto de refugio y centro de aviación y fuerzas submarinas. Más á Poniente, en la ensenada de Jade, está el gran puerto militar de Wilhelmshaven, el segundo del mundo, que comunica por el canal de Ems-Jade con el de Emdem, base secundaria de operaciones marítimas. La isla fortificada de Barkum defiende la desembocadura del Ems.

En el Báltico, es Alemania dueña y señora de las aguas; hasta allí no llegan los potentes influjos de la «Home fleet».

El bloqueo es la operación ofensiva más enérgica de la guerra comercial; pero para que el bloqueo sea efectivo, para que se prohíba el tráfico de un puerto á otro, se precisa comunicarlo oficialmente á las potencias neutrales y mantener frente al litoral enemigo el número de buques de guerra suficientes para hacer efectiva la prohibición.

La escuadra franco-inglesa del Mediterráneo

tan sólo 5.500 millones de las fuentes comercia-

les de otras fronteras. Claro es que cuando unas puertas se cierran otras se abren; pero téngase en cuenta que si un barco de moderado desplazamiento puede transportar 2.000 toneladas de carga, por tierra se precisan para una carga similar unos cinco trenes de 40 vagones cada uno, y en Hamburgo entran diariamente muy cerca de un centenar de barcos comerciales.

El riesgo del hambre parece remoto. Alemania que importa al año más de 5.500 millones de pesetas de substancias alimenticias, tiene aún expeditas las comunicaciones con Holanda y los países escandinavos, y puede seguir surtiéndose, aunque con mayor coste, por Italia, Rumanía, Suiza y Austria, si bien esta última, por efecto del bloqueo del Adriático, tendrá que reservar para sí sus producciones.

El ejército alemán dispone de grandes aprovisionamientos hechos en la paz, entre los que figuran enormes cantidades de carnes congeladas adquiridas en Francia y para cuya conservación cuenta Alemania con más de 400 establecimientos frigoríficos. No es el hambre por falta de víveres el que puede atemorizar á Alemania, es hambre por falta de primeras materias para sus industrias; porque sus fábricas necesitan cobre y caucho, para seguir produciendo.

Y este daño del bloqueo de un pueblo fuerte, viril y abnegado cae también como salpicadura inevitable sobre los pueblos neutrales, sobre los pueblos débiles que apoyaron su comercio y su industria en la excelencia de las producciones fabriles germanas.

¡Guerra mundial que nos arruinará á todos los pueblos!



Gráfico demostrativo del bloqueo efectivo porque atraviesa Alemania actualmente

CAPITÁN FONTIBRE

DE NORTE A SUR

El doble empleo de las fotografías

Cuando los comienzos de la guerra europea, en aquellos días angustiosos de incertidumbre en que los periódicos no sabían nada y el público quería saberlo todo, raro fué el semanario que no incurrió en el inocente delito de publicar fotografías antiguas, como reproducciones de episodios actuales.

¡Con qué ansiosa impaciencia se revolvían los archivos y se buscaban fotografías de maniobras militares que pudieran mentir movilización é incluso momentos de una batalla!

Se hacía en las redacciones el mismo trabajo que en las agencias. Porque las agencias extranjeras aprovechan de un año para otro los mismos clichés de deportes, fiestas tradicionales, veraneos, con una mala fe que sólo tolera la buena fe del periódico que recibe estas fotografías, y la, mejor aún, del público que las contempla.

Sin embargo, pasados aquellos primeros meses volvieron á su paz del archivo las fotografías mentirosas. Enmuducieron los cronistas de ocasión que, á falta de jugo cerebral propio y aprovechándose del «río revuelto», entraban á saco en periódicos y libros de otro tiempo, para hablarnos de la guerra franco-prusiana de 1870.

La verdad y el presente valían más que la ficción y el pasado.

Harta y desgarradora elocuencia tenían las fotografías de Bélgica destruída, de los campos de batalla con cadáveres de hombres y de caballos abandonados, los desfiles de prisioneros... las hazañas incalificables de un *zeppelin* bombardeando una ciudad indefensa, ó los grupos tris-tísimos de unos cuantos hombres hundidos en una trinchera que acaso sea su sepulcro...

¿Se concibe que alguien prescindiera de esta típica riqueza de motivos crueles y verdaderos para, después de ocho meses de guerra, elegir fotografías de maniobras antiguas?

No lo concebimos; pero así es.

La revista alemana *Illustriertekriegs-Kurier*, creada para una propaganda, que se considera eficaz, del pan-germanismo y sus excelencias, publica una fotografía «terrible» contra el valor inglés. Se refiere á la «vergonzosa» huída de la infantería de marina inglesa en Iprés. Los comentarios que sugiere esta fotografía están de acuerdo con el episodio.

Pero... esta misma fotografía se publicó hace ocho años, el día 8 de Julio de 1904 en *Die Woche*, otro semanario alemán. Entonces se refería á las maniobras navales inglesas de aquel



El gran inventor yanqui Edison, con el empleado más antiguo de sus talleres

año. Los más justos y entusiastas elogios al indiscutible poder naval de Inglaterra acompañaban á esa fotografía...

Cómo debe ser nuestra vejez

Tomás Alva Edison, el brujo yanqui, se ha tratado junto al operario más antiguo de sus talleres. Más viejo aún que el inventor, este operario ha llevado su vida paralela á las infinitas maravillas que han enriquecido la inteligencia humana. Y ahora, inválido, apoyado en sus muletas, sonríe satisfecho por este honor de ver su figura reproducida en todos los periódicos del mundo, al lado de Tomás Alva Edison.

Al mismo tiempo, ved otros dos ancianos. El uno, yanqui también, es John Rockefeller, el multimillonario, en cuyas manos como en las de *Maestri* caía el dinero para volver á caer más esparcido. El otro tiene ciento tres años, es alemán y en su retorno á la inconsciencia, juega á los soldados...

Alemania exhibe á este último con orgullo. «El soldado más viejo del mundo», dice. Y esto nos recuerda una caricatura del *Lüstige Blätter* donde la simbólica cigüeña—que en Francia es la col, y en España el «cajón de París»—trae los niños recién nacidos... con botones militares en el pecho y en los bracitos. «En Alemania los niños nacen soldados», decía el pie de aquella caricatura. Y después de ver esta fotografía del buen viejecito, un poco grotesco al querer presentar aspecto bélico, podríamos añadir: «y los ancianos mueren soldados».

Sin embargo, puestos á elegir nuestra vejez entre estas tres figuras de los dos viejos yanquis y del alemán, no creo que nadie vacilaría.

Una vejez dulce y tranquila después de haber consumido nuestro espíritu en la ciencia y en el trabajo, vale más que la otra ancianidad atormentada por trágicas visiones de exterminio. Esa aureola de santidad, de apostolismo que parece envolver los cabellos blancos, no la vemos jamás detrás del casco de un guerrero. Y si elegís para espejo de vuestros días futuros y últimos la figura del Canciller de Hierro, en vez de la nobilísima de León Tolstoi, os habréis equivocado de camino.

Porque si de algo servirá esta guerra, será precisamente para demostrar que tenemos derecho á despreciar á los explotadores del odio, y obligación de admirar á los exaltadores del amor universal...

La respuesta á Méjico

En Méjico siguen asesinando españoles. Si hay algún ciudadano cuya vida corra más peligro que las de todos los demás ciudadanos, es el español. Los facinerosos disfrazados de ge-

nerales, consideran como un delito mayor que el de pertenecer al «ejército» contrario del suyo, el haber nacido en España y el haber tenido un momento de flaqueza para cambiar la patria por un pueblo mejicano.

Pero España, siempre hidalga, responde con actos como el de la «Guía espiritual» en el Ateneo. Esta «Guía espiritual» será una serie de veladas en que describirán el alma española ilustres ó semi-ilustres escritores. Ha empezado por Madrid, descrito por Benito Pérez Galdós, el único literato español que no necesita adjetivos. ¿Y sabéis quién es el presidente de la Sección de Literatura del Ateneo, la más alta representación intelectual de España? Un mejicano: Don Francisco A. de Icaza.

No obstante, apresurémonos á decirlo, Icaza ama á España, tanto como España le ama á él.

Nuestra literatura clásica tiene en Icaza un apasionado comentarista. Y con palabras españolas ha compuesto versos admirables; lo mismo que Amado Nervo, otro poeta que también ha influido sobre la moderna generación literaria española. Al lado de estos poetas mejicanos, hay también varios artistas mejicanos que triunfan y triunfarán en nuestras exposiciones.

Y mientras en Méjico se asesinan españoles, honramos á mejicanos ilustres. Claro que estos mejicanos son poetas, son pintores, son escritores. Sus espíritus no pueden estar más distanciados de esos facinerosos que juegan á ser presidentes, chapoteando en la sangre é iluminados sus rostros por incendio de ciudades.

En los días terribles en que el telégrafo nos anunciaba una nueva infamia, la sonrisa de estos poetas, de estos pintores, era más humilde, más afable, más plena de esa grata ternura que hay en sus versos y en sus cuadros.

Por eso, cuando la otra tarde en el Ateneo el presidente de la Sección de Literatura, señor Icaza, inauguró la «Guía espiritual de España», sentía una profunda emoción de gratitud por la nación suficientemente noble, para no hacer responsables á los poetas, á los artistas, á los diplomáticos mejicanos de esos crímenes que ahora se cometen en Méjico con los españoles. Porque cuando llegue el día en que á los bandidos sucedan los hombres inteligentes que hoy viven en España y á quienes España ama, no nos abrirán sus brazos fraternales aquí, sino allá, al otro lado del mar, en el Méjico renacido y purificado...

José FRANCÉS



ULTIMO RETRATO DE JOHN ROCKEFELLER Multimillonario yanqui, sobre cuyo estado de salud han circulado alarmantes rumores



EL SOLDADO MÁS VIEJO DEL MUNDO Anciano alemán de ciento tres años, que á pesar de su avanzada edad, ha querido empuñar las armas





Aspecto de uno de los pueblecitos franceses de la línea del frente, bombardeado por los alemanes

CONTRASTES DE LA GUERRA

Más difícil que reconstituir la vida de Sidón ó Nínive será para los historiadores hacer un veraz relato de la guerra actual. Más enconada aún que en las trincheras occidentales y orientales, más que en las ciudades sitiadas y más que en el mar, hay un diario combate de plumas y de papel impreso en todas las naciones, en las contendientes y en las neutrales, en las metrópolis y en las colonias, en toda ciudad, en todo pueblo y hasta en toda aldea donde haya un espíritu foliculario que escriba y publique un periódico.

Mañana, cuando la guerra acabe y las pasiones que ha encendido se extingan, ¿dónde encontrar y cómo depurar la verdad de las causas y de los hechos? En los documentos oficiales, en los papeles sagrados de las cancillerías abundan las acusaciones de falsedad y se echan en cara, unos á otros diplomáticos, numerosas mentiras. En los periódicos hay relatos contradictorios para todos los gustos. Se disfraza la verdad, se inventa,

se fantasea, se calla ó se exagera, no por la necesidad de mantener la fe en los pueblos que pelean, sino por pasión terca, por el placer de la injusticia.

En esta confusión, y se cuente la historia de la guerra á la inglesa, á la francesa ó á la alemana, hay una serie de vindicaciones para España

que en su día se esclarecerán, porque nosotros también fuimos recientemente todavía, con nuestra destrucción del *Maine*, con nuestros campos de concentración, con nuestros fusilamientos de enemigos y de rebeldes, acusados, injuriados y calumniados por esa misma prensa que en dos líneas ha justificado en Francia y Alemania expoliación de bienes, concentración de extranjeros y fusilamientos de espías supuestos ó reales.

Para los españoles no debería haber más que dos puntos de vista en esta guerra: O debiéramos aprovecharnos de ella para que se nos devolviera la honra que se nos ha robado en la Historia, desde el duque de Alba en ese mismo Flandes, desde nuestros virreyes, nuestros capitanes y nuestros oidores colonizando en América y Oceanía, ó debiéramos utilizarla para que se nos devolviera Gibraltar. Puesto que Inglaterra lleva su espíritu de sacrificio en defensa del derecho de los pueblos débiles y pequeños, hasta el punto de poner en riesgo



Soldados alemanes labrando la tierra conquistada á Francia

POTS. ALONSO

su propia vida, mezclándose en esta conflagración por amparar la neutralidad belga, que se acuerde de que ella misma vulneró el derecho de esta pobre y débil España á poseer un peñascal de su propia costa que le fué arrebatado.

Y he aquí los contrastes de la guerra; de esta guerra que es como todas las anteriores y como serán todas las futuras; mezcla extraña de crímenes y de heroicidades, de las más altas virtudes y las más bajas abyecciones. Pero hay otro contraste más característico aún de estas luchas humanas: el de la vida que renace tras la muerte y la desolación.

En la línea de fuego la artillería destruye y arrasa ciegamente, sin piedad y sin misericordia, los pueblos y los campos. No hay que ser un sentimental para escuchar la ira y el dolor que produce contemplar esos lindos pueblos de la pobre Bélgica y de las ricas provincias francesas que están en poder del enemigo, con sus techos hundidos, sus muros boqueteados, sus bosques devorados por el incendio, sus líneas férreas destruídas... Y he aquí que, apenas la fiereza del combate ha pasado, los mismos soldados que antes empujaban las piezas de artillería, maniobran ahora con un arado automóvil, formidable como un cañón, trazando en la tierra los surcos donde caerá la semilla para la cosecha nueva. Recuerda la escena aquel cuento de Jorge d'Esparbís, en el que Enrique IV, al regresar á París, manda á su ejército vencedor arrinconar los cañones, humeantes aún y cubiertos de gloria, y desfilan ante un arado enmohecido rindiéndole honores.

Otro famoso cuento, lleno de melancolía, acude á la memoria contemplando otra escena de la actual vida de Bélgica. ¿Os acordáis de aquel maestro de escuela de Daudet que dá la última lección á sus alumnos alsacianos? Toda la dolorida protesta del vencimiento de Francia en aquel año terrible de 1870 se condensa en aquella página inmortal. También ahora, de la admi-

nable Bélgica, han sido ahuyentados los guerreros vencidos, el idioma, el sentimiento de la patria libre. Y he aquí la escuela donde se quiere crear un nuevo espíritu, un nuevo modo de ser. Esta escuela es de Bruselas. Los maestros visten uniforme militar. De la pared pende un mapa

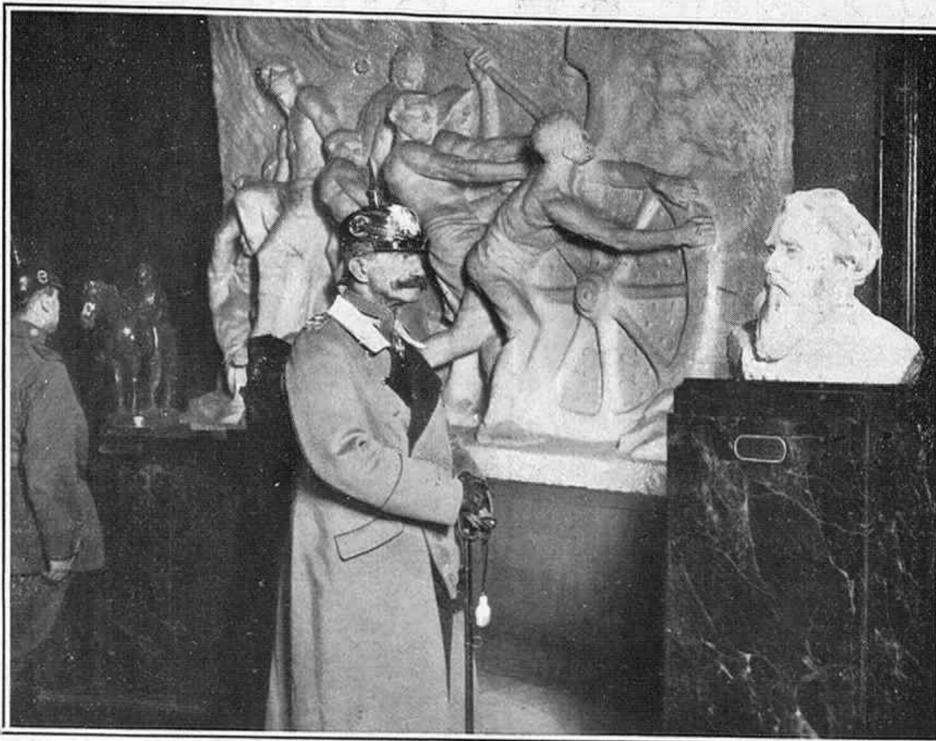
nador militar, visitando el Museo de Bruselas. Se detiene ante un busto de Meunier, el sabio redactor de *La Democracia Pacífica*. Así también, generales ingleses y franceses, enarrollados de las bellas artes, recorrieron y escudriñaron nuestros conventos y nuestros palacios.

Mientras Wellington proponía comprar al Cabildo catedral de Sevilla el San Antonio de Murillo, cubriéndolo con una triple capa de onzas de oro, otras pecadoras manos, más livianas ó menos escrupulosas, robaban y enviaban á Francia desde *El Pasmó de Sicilia*, de Rafael, hasta la armadura cincelada de Felipe II.

¡Contrastes de la guerra! Habíamos los ridículos pacifistas apelado á todos los arbitrios de la razón y del sentimiento para convencer á las gentes de que la guerra era indigna de nuestra Edad, de nuestra cultura, de nuestra espiritualidad. Las guerras se sucedían, sin embargo. La expansión colonial en todas las latitudes era un continuo guerrear disimulado, cruel, miserable. Inglaterra derramaba sangre en el Transvaal; Rusia y Japón se despedazaban; los Estados Unidos acababan con nuestra grandeza; Turquía era acorralada y vencida en medio de las más tremendas crueldades; una revolución destrozaba á Méjico, y mientras tanto, un multimillonario yanqui, cuyas monedas se habían acumulado inexorablemente en guerra también, á precio de sangre y de dolor humanos, alzaba en La Haya el Pa-

lacio de la Paz. Vivíamos en plena retórica. La realidad está en estos fieros contrastes; en ese campo devastado un día para ser arado al día siguiente; en esa escuela donde ayer figuraba el mapa de Bélgica y hoy el de Alemania; en ese general que no reparaba antes si las bocas de sus cañones enfilaban obras de arte y ahora visita reverente un museo de escultura y contempla ensimismado el busto de Meunier, naturalista, filósofo, que antes de la guerra de 1870 escribió tan hermosas páginas, predicando el pacifismo.

DIONISIO PEREZ



El general gobernador de Bélgica, Von Bissing, ante el busto de Meunier, en el Museo de Bruselas

mural del Imperio Germánico, en el que ya figura Bélgica, no como nación libre limítrofe, sino como Estado anexionado ó confederado. El belga seguirá siendo belga, como el bávaro ó el sajón ó el prusiano ó el hamburgués conservan su personalidad histórica y sus leyes propias y sus costumbres; pero siendo, ante todo, alemanes. En las manos de los niños están esos típicos manuales de la pedagogía teutona que condensan en sus breves páginas el sentido práctico de una raza que toma la vida en serio.

He aquí ahora al general Von Virsches, gober-



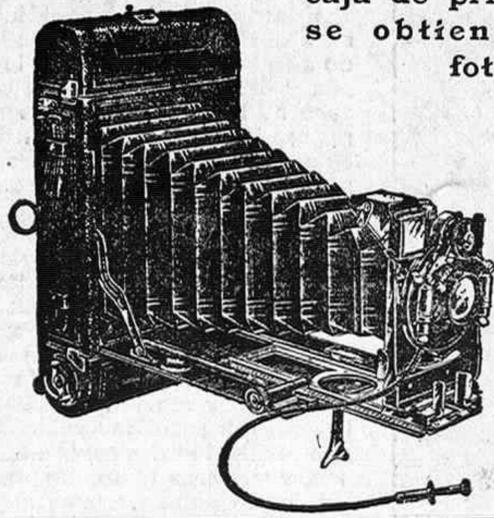
Niños belgas en una escuela alemana de Bruselas

POTS. ALONSO



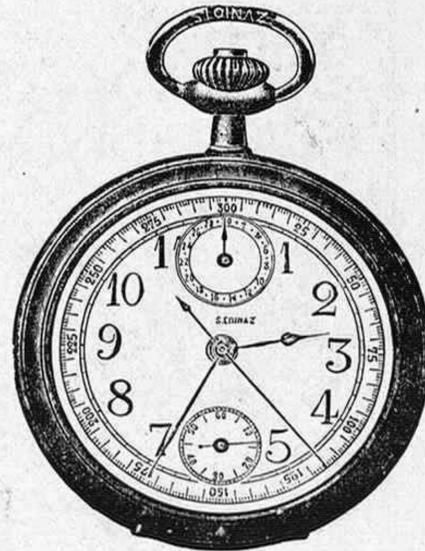
CON UNOS CÉNTIMOS AL DIA, SE PUEDE ADQUIRIR

"SUEÑO IDEAL" 9x12, PARA PLA-
CAS Y PELÍCULAS
marca "ERNEMANN", y una
caja de prismas, con el que
se obtienen magníficas
fotografías



Pesetas 8,00
al mes,
en 24 meses;
al contado,
pesetas 163,20

LEPINE, ORO DE LEY
DE 18 QUILATES,
CUBETA DE ORO

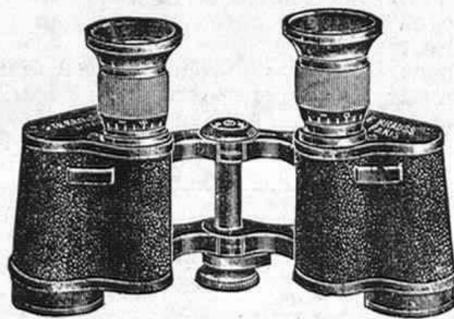


CRONÓGRAFO
CONTADOR,

Primera calidad,
esfera blanca,
... 19 líneas ...

Ptas. 18,75 al mes,
en 20 meses
AL CONTADO:
Ptas. 318,75

GEMELOS PRISMÁTICOS,
DIEZ VECES DE AUMENTO
MARCA "VALETTE", SERIE "LOICO"

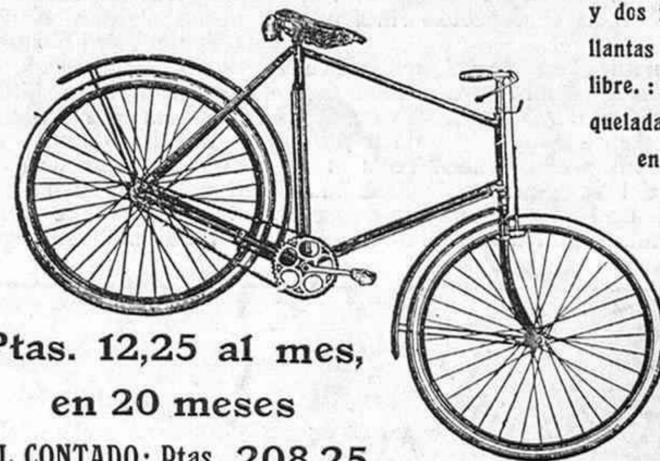


CAMPO GRANDE,
AUMENTO GRANDE

VOLUMEN
REDUCIDO
GRAN POTENCIA
Y CLARIDAD

Ptas. 9,00 al mes, en 15 meses

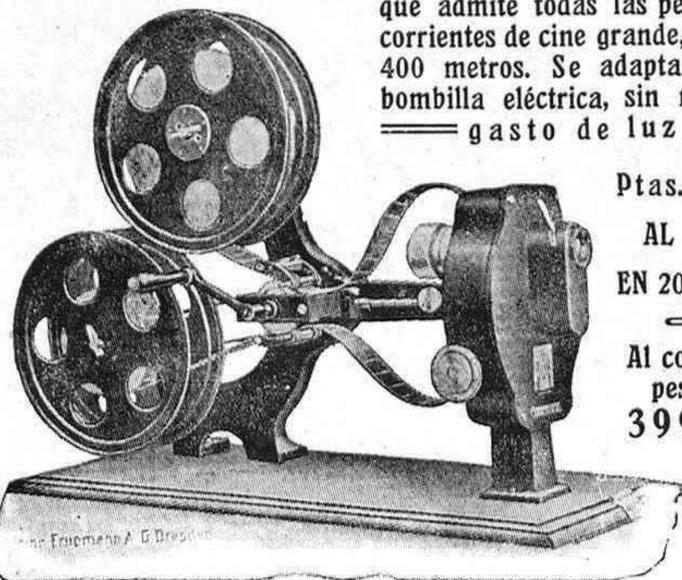
Bicicleta LA INGLESA, con neumáticos
HUTCHINSON



y dos frenos a las
llantas con rueda
libre. : : Llantas ni-
queladas, con filetes
en colores

Ptas. 12,25 al mes,
en 20 meses
AL CONTADO: Ptas. 208,25

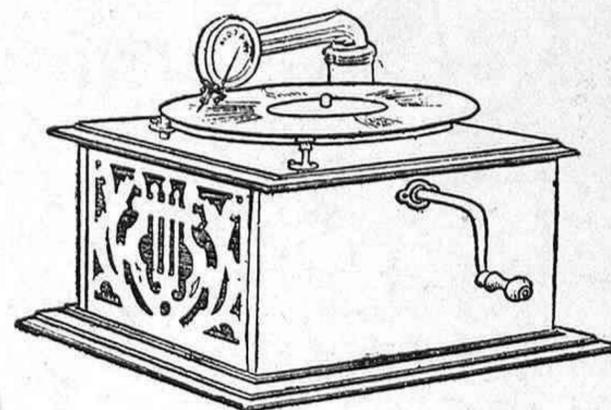
"KINOX ERNEMAN" CINEMATÓGRAFO
DE SALÓN



que admite todas las películas
corrientes de cine grande, hasta
400 metros. Se adapta a la
bombilla eléctrica, sin ningún
gasto de luz

Ptas. 23,50
AL MES,
EN 20 MESES
Al contado:
pesetas
399,50

Máquina parlante sin bocina, con
30 discos dobles, marca "Homokord",
..... ó sean 60 piezas á elegir



SONORIDAD
y
ELEGANCIA

Ptas 11,75 al mes, en 24 meses
Al contado: ptas. 239,70

PÍDASE CATÁLOGO ILUSTRADO Y CONDICIONES DEL OBJETO QUE SE DESEA, Á LA CASA

S. LOINAZ y Comp.^a -- Prim, 39, SAN SEBASTIAN

Y SE RECIBIRA GRATIS POR CORREO